



MARRUECOS,

FOR
EDMUNDO DE AMICIS.

TÁNGER.

(CONTINUACION).

III.

IMPRESIONES: Los hebreos de Tánger.—Hermosura de las hebreas.—Los chiquillos árabes.—Dos santones.—La música árabe.—Las tiendas moriscas.—De vuelta de la circuncisión.—Aventura doméstica.—Castigo.—Las mujeres árabes.

Los hebreos de esta ciudad se parecen bastante, en cuanto á los rasgos de su fisonomía, á los de nuestro país; pero su estatura más elevada, su tez más morena, su pelo negro muy largo y en especial su traje pintoresco, les comunican un aire completamente distinto. Consiste éste en una túnica parecida á nuestras batas, de diferentes colores,

bien que oscura por punto general, que ciñen al talle por medio de una faja roja; una gorrilla negra, calzon

T. I.—9.

largo que apenas asoma un palmo por debajo de la veste, y pantuflos amarillos. Es muy comun encontrar entre ellos «elegantes» que usan riquísimas estofas, camisas bordadas, faja de seda, cadenas y sortijas de oro; pero nada vistoso, más bien austeros en el conjunto de su arreo, y haciendo gala de gracia y de dignidad señorial, de cuyas condiciones carecen sin embargo aquellos séres, verdaderamente desdichados, que á las prendas referidas han sustituido el sombrero cilíndrico y el gaban oscuro. Entre los niños, se ven caritas preciosísimas; á pesar de que no cuadra á su edad la pequeña bata en que van envueltos. Los niños

hebreos se me antojan aficionados de teatrillo estudiantil, vestidos para desempeñar el papel del protagonista en el *Campanello dello speciale*.

Me he convencido de que no hay exageracion en lo que se dice respecto de la hermosura de las judías de Marruecos; pues realmente ofrecen un carácter especial que no existe en otro país.



Castigo de un ladron.—(Véase la página 68).

Es una belleza opulenta y espléndida, realzada por grandes ojos negros, nívea frente, boca purpurina, formas mórbidas y turgentes y contornos estatuarios: una belleza de escenario que deslumbra de lejos y que contemplada de cerca arranca más bien un aplauso que un suspiro. La mente goza representándose entre los murinos vasos y las tazas ceñidas de flores de antiquísimo festín, considerando que es su lugar más apropiado. Las hebreas de Tánger no visten en público su riquísimo traje tradicional: han adoptado últimamente las modas europeas, mostrando especial predilección por los colores chillones, como el azul napoleon, el rojo magenta, el amarillo de azufre y el verde alfalfa, de suerte que contempladas desde lejos, con sus chales y sus basquiñas rabiosamente entonadas, semejan mujeres envueltas en los pabellones de todas las naciones del universo. Cuando en los sábados se pasa por las calles en que moran los judíos, vense en todas partes aquellos colores, aquellos semblantes bellísimos, aquellas miradas dulces é insinuantes, aquellas trenzas larguísimas y de un negro aterciopelado, una exuberancia de juventud y belleza sensual, que contrasta extraordinariamente con el silencio y soledad de las otras calles.

Los rapazuelos árabes mueven á risa; pues mientras llegan á edad de poder usar la capa, van metidos en el capuchon de manera que parecen apaga luces andando. La mayor parte lleva la cabeza rapada como la palma de la mano, y sin más pelo que una delgada trencilla de unos dos palmos, que les cae sobre el cogote: diríase dejada á posta para colgarlos de un clavo como los títeres de un teatrillo. Algunos la llevan junto á la oreja ó sobre la frente, acompañada de varios mechones cortados en forma de cuadrado ó de triángulo, distintivo del postrer nacido en la familia. La mayor parte tiene un rostro agradable, pálido; un cuerpecillo esbelto y airoso y una expresion de inteligencia precoz. En los sitios más frecuentados de la ciudad nada dicen á los europeos: en las calles apartadas contentánse con contemplarlos detenidamente, cual si quisieran decir:—No me agrada.—Los hay de seguro que se sienten con impulsos de soltar una fresca; pues se les lee la intencion en la expresion de los ojos y hasta en la contraccion de los labios. Con todo, cuidan muy bien de cerrarle el paso, no tanto por temor al Nazareno, como por miedo al padre, que se tiene aprendido á lo que sabe la Legacion. De todos modos la vista de una moneda apaga sus furores; mas guárdese muy bien cualquiera de tirarles de la colita. Ayer se la tiré al paso á un renacuajillo que no levantaba dos palmos, y se me encaró iracundo pronunciando algunas palabras que no entendí; mas que segun me manifestó el intérprete, significaban: «Permita Dios que se ase vivo tu abuelo, cristiano maldito.»

Por fin he conseguido ver dos santones, que tanto vale como decir idiotas ó locos, ya que en este país, como en toda el África septentrional, es venerado como santo todo aquel á quien Dios, en testimonio de su especial predilección, le ha quitado el juicio, para retenerlo prisionero en el cielo. El primero estaba delante de una tienda en la calle Mayor. Distinguílo desde lejos y me detuve para contemplarlo; pues sabiendo que á los santos todo les es lícito, no quise exponerme á recibir un varazo que me doblara, como le aconteció á Mr. Sourdeau, cónsul de Francia, ó un salvazo en el rostro como le avino á sir

Drummond-Hay. Pero el intérprete me tranquilizó diciéndome:—«No tenga su merced cuidado, que los santos de Tánger han puesto juicio, desde que las Legaciones les metieron en cintura, merced á algunas razones convincentes, y en todo caso los mismos árabes le servirían á usted de escudo, para evitar que el santo se comprometiera.» Con estas seguridades pasé delante de aquel fan-



Soldado marroquí.

tasma, y le observé atentamente. Era un viejo, todo cara y barriga, cuyos larguísimos cabellos blancos le caían por la espalda, descendíendole hasta la cintura su barba hirsuta y enmarañada: ceñía aquellos con una corona de papelon, llevaba un capisayo muy corto echado hácia atrás, y con la mano derecha empuñaba un lanzon de punta dorada. Sentado en el duro suelo, con las piernas cruzadas y apoyado contra el muro, contemplaba á los viandantes con aire enojado. Paréme: me miró.—Aquí es ella, dije para mí, ahora requiere la lanza.—Pero ésta tuvo juicio, y pude quedar maravillado ante la expresion tranquila é inteligente de aquellos ojos; y del rayo furtivo de redomada bellaquería que en ellos brillaba y que parecía decir:—Tú esperabas que yo te diera ¿eh? pues te has llevado chasco.—Indudablemente era uno de tantos impostores que se fingen locos para gozar las inmunidades y privilegios concedidos á los santos. Arrojéle una moneda que recogió con afectado descuido, y dirigime hácia la plaza donde, apenas llegado, encontréme con otro. Este era santo de veras, ó sea un mulato, casi desnudo, apenas hombre en el rostro, hecho su cuerpo una lepra asquerosísima que de los pies á la cabeza le cubría, todo huesos y pellejo hasta el punto de poderse contar uno á uno los de su esqueleto: milagro parecía que alentara. Daba vueltas por la plaza con lentitud extraordinaria, sosteniendo con no poca fatiga una bandera blanca que los muchachos se apresuraban á besar, en tanto que otro mendigo, al cual acompañaban dos músicos que tañían rabiosamente un pífano y un tambor, pedía limosna para aquel, yendo de una á otra tienda. Paséle cerca, enseñó-

me el blanco de sus ojos: miréle, me miró: y como me pareciera que revolvía algo en el interior de su boca, larguéme más que de prisa sin volver siquiera la cabeza.—«Ha hecho su merced perfectamente en alejarse, me dijo el intérprete, porque si le hubiese escupido, no



El santón.

le quedaba más remedio que aguantar, ya que lejos de compadecerle, habría de seguro oído decir á algunos árabes: ¡No te seques, afortunado cristiano! ¡No ocultes la señal de la benevolencia de Dios! ¡Dichoso tú que has alcanzado la ventura de que el santo te escupa en la cara!»

Esta noche he vuelto á oír el son de la guitarra y la voz que llegó á mis oídos el día de mi llegada á Tánger, pudiendo añadir que por vez primera he *sentido* la música árabe. En aquella interminable repetición del mismo motivo, casi siempre melancólico, existe no sé qué de indefinible que vá derechamente al corazón. Es algo semejante á un lamento, á una queja dulce y plañidera que acaba por sojuzgar el ánimo como el murmullo de la fuente, como el canto del grillo, como el acompasado golpear del martillo sobre el yunque, cuando llega al oído del viandante que pasa de noche por las cercanías de una aldea. Siéntome obligado á recogerme y á meditar cual si quisiera hacerme cargo del significado de aquella eterna y arrobadora palabra que suena constantemente en mis oídos. Es una música bárbara, sí; pero ingenua, sencilla, llena de dulcedumbre, que me transporta con el pensamiento á las edades primitivas; que hace revivir en mi memoria las infantiles impresiones

que en mí produjo la primera lectura de la Biblia; que despierta en la mente el recuerdo de ensueños mil completamente olvidados; que me hace fantasear curiosidades y espectáculos de pueblos y países fabulosos; me traslada á tierras lejanas pobladas de bosques de árboles desconocidos, en medio de los cuales distingo venerables sacerdotes colocados en derredor del ídolo de oro, ó á llanuras inmensas, interminables; á soledades solemnes, junto á caravanas en reposo que inquietan con la mirada el inmenso abrasado horizonte, ó humillada la cabeza rezan sus oraciones. De todo cuanto me rodea, nada hay como esas pocas notas de una apagada voz y de una guitarra mal templada que más vivamente me haga sentir el deseo de volver á ver á mi amada madre.

Las tiendas moriscas son dignas de estudio por su rareza. Imagínese una especie de cuchitril levantado del suelo cosa de un metro, con una sola abertura hácia la calle, en la cual se apoya el comprador como en una ventana, y se tendrá de ellas una idea exacta. El tendero se situa en el interior, sentado al estilo oriental, con una parte del género amontonada al alcance de su mano, y otra parte detrás de él colocada en pequeños estantes. Es realmente un espectáculo curioso el que ofrecen aquellos moros viejos, barbudos, inmóviles como autómatas, metidos en el fondo de aquellos oscuros tenduchos. Diríase que no son las mercancías sino ellos los que están expuestos á guisa de muestra y á semejanza de lo que sucede con los *fenómenos vivos* que se exhiben en los barracones de las ferias. ¿Están vivos? ¿Son de madera? ¿Dónde se halla el mecanismo en cuya virtud aparecen y se esconden? Y de esta suerte inmóviles y silenciosos se están una hora y otra y otra y aun el día entero, repasando las cuentas de un rosario y murmurando las palabras de sus plegarias. Imposible imaginar el aspecto de soledad, de fatiga, de tristeza que aquellos interiores respiran. Diríase que cada uno de aquellos tabucos es una tumba, en la cual, el que debe ocuparla, separado ya del mundo, háse instalado á prevención para aguardar tranquilamente la llegada de la muerte.

He visto dos niños llevados en triunfo, después de la solemne ceremonia de la circuncisión. Uno de ellos tenía



Mujer árabe.

como seis años, el otro no llegaba á cinco. Iban montados en una mula blanca, y vestían túnicas rojas, verdes y amarillas, recamadas de oro, cubiertas de cintas y de

flores, en medio de las cuales á duras penas podían distinguirse sus pálidas caritas, en las cuales veíanse aun pintadas las señales del espanto y del estupor. Delante de la mula engualdrapada y encintada como caballo en día de gala, marchaban tres músicos que sonaban furiosamente un tambor, un pífano y una corneta: á los lados y detrás veíase á los padres y amigos, uno de los cuales sostenía á los niños sobre la silla y otro les ofrecía confites, en tanto que algunos les acariciaban y los demás disparaban escopetazos al aire saltando y gritando. Si no hubiese conocido el significado de aquella ceremonia, habría creído que los pobres niños eran dos víctimas inocentes conducidas al sacrificio, con todo y que el espectáculo no estaba desprovisto de cierta gracia y poesía. Sin embargo habríale encontrado más poético aun, si no me hubiesen dicho que la operación sagrada se había llevado á cabo con la navaja del rapa-barbas y monda-cráneos.

Esta noche he asistido á una extraña transformación de Racma, la criada negra del ministro. Su compañera ha venido á buscarme, me ha acompañado andando de puntillas hasta una puerta entornada, y abriéndola de repente, ha dicho: —«Hé ahí á Racma.»—He quedado tan sorprendido ante el espectáculo que ofrecía á mis ojos aquella negra, que había visto siempre vestida con el traje de una mísera esclava, que apenas sabía dar cré-

dito á la realidad. Dijérase que era una sultana escapada del palacio del emperador: la reina de Tumbuctu: una princesa de ignorado reino del África, transportada por arte de encantamiento al lugar en que se hallaba. La ví sólo brevísimos momentos y me será difícil describir con exactitud su traje. En él se veían el blanco de la nieve, el rojo de la púrpura, y un deslumbrante fulgor de galones

de oro, amortiguado en parte por un velo trasparente, que con el rostro negrisimo de la jóven ofrecían una tan desusada armonía de color y una riqueza tan bárbaramente magnífica, que no existen palabras que basten á encarecerla. Cuando me acercaba para observar los detalles, toda aquella pompa desapareció repentinamente bajo la lúgubre mortaja mahometana, y la reina quedó trasformada en espectro, y el espectro desapareció, dejando lleno el aposento de aquel olor nauseabundo y salvajuno propio de la raza negra, que acabó por disipar el último resto de ilusión.

Como llegara á mis oídos un gran rumor que procedía de la plazuela, hémeme asomado á la ventana y he visto pasar un negro, desnudo de medio cuerpo arriba, montado en un asno, á cuyos lados marchaban algunos árabes armados de sendas varas, y seguidos de un enjambre de chiquillos que gritaban como endemoniados. De pronto imaginé que era cosa de broma y miré con los gemelos; mas en seguida me retiré horrorizado. El



blanco calzon de aquel infeliz estaba manchado por la sangre que manaba de sus heridas. Los árabes con varas eran soldados que lo apaleaban. Pregunté por qué se le castigaba de aquella suerte, y dijéronme que por haber



Hebreas.

robado una gallina.—«Puede darse por dichoso, añadió un soldado de la Legacion, pues segun parece no le será cortada la mano.»



Tendero árabe.

Hace siete dias que estoy en Tánger y esta es la hora en que no he visto una mujer árabe. Figúraseme que me

encuentro en una inmensa reunion de mujeres disfrazadas de hechiceras, cual se las imaginan los muchachos, y envueltas en una mortaja. Andan á grandes pasos, pero lentamente y un poco encorvadas, cubriéndose el rostro con el extremo de una especie de manto de lienzo, debajo del cual no llevan más que una camisa de man-



Cambista judío.

gas muy anchas y largas, ceñida al talle por medio de un cordon, como el hábito de un monje. Nada más se ve de su cuerpo que los ojos, la mano que sujeta aquella especie de antifaz, teñida de rojo, especialmente en la extremidad de los dedos, y los piés desnudos, teñidos del



Racma, criada negra.

propio modo, y metidos en anchas babuchas de color amarillo. La mayor parte sólo dejan ver un ojo y la mitad de la frente: aquel, por punto general oscuro y la

segunda pálida como la cera. Si encuentran á un europeo en una calle apartada, algunas se cubren todo el rostro con un movimiento brusco y desgarbado y pasan arrimándose cuanto pueden á la pared; otras aventuran una mirada entre desconfiada y curiosa, no faltando alguna que más atrevida lanza una ojeada provocativa y baja la cara sonriendo. Sin embargo, la inmensa mayoría ofrece un aspecto triste, cansado, envilecido. Las jovencitas son graciosas, y como no están obligadas á cubrirse, pueden apreciarse sus ojos negros, sus redondas mejillas, su tez pálida, sus bocas bien contorneadas, sus manos pequeñas y sus breves piés. Pero á los veinte años están ya ajadas; á los treinta son viejas, y á los cincuenta una verdadera ruina.

Traducido del italiano por
CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

(Continuad.)

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

POR

J. RAMBOSSON.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

ORÍGEN DE LA MÚSICA.

(CONTINUACION).

Yu, emperador de la China (2205 años ántes de Jesucristo) perfeccionó la institucion de Yao, mandando colocar á la puerta de su palacio, segun dice la crónica, varios instrumentos musicales cuyo sonido se oía de lejos, y ordenó á los mandarines que explicasen al pueblo cuáles eran los asuntos relacionados con cada instrumento. Cuando Yu oía, desde el interior de su palacio, tocar uno de los instrumentos, ya sabía de qué asunto se le quería hablar, y daba orden para que entrasen las personas que solicitaban audiencia.

V.

Lucrecio nos explica á su modo el origen de la música: «Con la voz, dice, se imitaba el gorjeo de los pájaros, mucho ántes de que los oídos estuviesen recreados por los versos realzados con los encantos de la melodía. El murmullo de las auras al cruzar por entre los cañaverales, enseñó á los hombres á soplar en una caña silvestre. Insensiblemente la flauta, animada por dedos ágiles y acompañados de la voz, dejó oír sus dulces lamentos: ese instrumento se debe á los dulces pasatiempos de los pastores que la descubrieron en los bosques, en las soledades.»

No es de extrañar que se atribuya el origen de la música al armonioso murmullo que produce la brisa al roce de los distintos follajes, si se tiene en cuenta lo suave y divino que encierran esos conciertos aéreos. En algunas regiones del Ecuador he encontrado todas las temperaturas; la nieve en lo alto de las montañas y el calor tropical á orillas de los mares; cada region presenta asimismo los más variados árboles, y por lo tanto los follajes más variados, cada uno de los cuales toma de la brisa una vez, una nota especial, para formar en conjunto el gran concierto de la naturaleza. Un árbol hay que sobresale entre todos, el filao, especie de cedro que participa del pino y del sauce lloron; su copa se pierde entre el azul del cielo, y sus numerosas ramas, sostenidas por un esbelto tronco, ostentan innumerables

haces de hojas apretadas, cilíndricas, largas y finas como el cabello, que se inclinan hácia el suelo: cuando el viento las hace estremecer con su soplo, cantan con una voz quejumbrosa y melancólica, que deja agradable recuerdo en aquel que alguna vez la ha oído.

Los cocoteros, las palmeras de hojas largas, duras y brillantes como el acero, producen un sonido que cualquiera confundiría con el chasquido de las armas. Las gigantescas hojas del plátano son el eco de la voz del torrente desbordado, que corta el aire á la manera que los grandes registros de un órgano. Los bambús de esbelto tallo, que se lamentan y gimen al doblarse, producen largos gemidos que, mezclados con las voces, los sollozos y los murmullos de otros mil follajes, con los rugidos del mar que á lo lejos se agita, y con los susurros de las olas que se rompen en la playa, forman una inmensa orquesta, cuyos distintos sonidos, al elevarse á los cielos, parecen llevar á ellos el acento infinito de todos los goces y de todos los sufrimientos de la tierra.

VI.

Aunque faltos de datos para fijar la época del origen de la música, cuantos historiadores hablan de ella lo hacen en el concepto de ser la más antigua de las artes. Quintiliano, uno de los hombres eminentes que mejor han tratado de música, se expresa en estos términos: «Timágenes afirma que de todas las artes imaginativas, la música es la más antigua; testimonio que se halla confirmado por los más célebres poetas que nunca dejan de presentar en los festines de los reyes al tocador de lira, cantor de los dioses y de los héroes. ¿No hace Virgilio prorumpir á Yopas en aquellos versos:

De la reina nocturna el curso vagabundo
Y los extintos fuegos del gran astro del mundo?

Con lo cual ese distinguido escritor nos quiere demostrar que la música era ya entonces inseparable de la ciencia de los movimientos celestes.»

Efectivamente, ya en tiempo de Pitágoras se pretendía que el movimiento regular de los cuerpos celestes á través del espacio, daba lugar á una armonía inefable llamada armonía de las esferas. Considerábase á los astros como relacionados con los intervalos de los tonos; de suerte que el aspecto cuadrado ó cuadratura, era, con relacion al aspecto sextil, ó 60 grados, como 3 es á 2: la relacion de los tonos es lo que forma la quinta en música. El mismo Keplero ha procurado comparar la relacion de distancia entre los planetas á los intervalos de la música; pero las relaciones establecidas por ese astrónomo son del todo arbitrarias é incompletas. A medida que la teoría musical se ha ido perfeccionando, se han modificado las ideas que se abrigan tocante á aquella armonía. Suponíase, por ejemplo, que la luna, como astro el más bajo, es decir, el más próximo á nosotros, correspondía á la nota *mi*, Mercurio á *fa*, Venus á *sol*, el sol á *la*, Marte á *si*, Júpiter á *ut*, Saturno á *re*; y la órbita de las estrellas fijas, por ser la más alta de todas, á *mi* ó la octava.

Estos detalles nos revelan hasta qué punto podrían extraviarse los mismos sabios si dejaran de guiarse por la observacion; y sin embargo, insiguiendo este orden de ideas llegó Keplero á sus magníficos descubrimientos. Buscaba las analogías que pudieran existir entre las leyes del sonido y las de la luz, analogías ciertamente profundas. (Véase en la 2.ª parte). La música es hermana de la astronomía, decían los pitagóricos: «Así como los

ojos están hechos para la astronomía, los oídos están hechos para los movimientos armónicos (1).»

A ese orden de reflexiones obedece Quintiliano, cuando escribe: «¿Cómo puede dudarse de que los hombres más ilustres por su ciencia han sido apasionados por la música, cuando se considera que Pitágoras y sus discípulos se han hecho eco de aquella opinión, acreditada ya anteriormente, referente á que la lira había sido compuesta á imitación del sistema del mundo, y no satisfechos de estas relaciones entre dos cosas tan distintas, á lo cual llaman *armonía*, sostienen que las esferas celestes se mueven produciendo sonidos? Platon, en algunos de sus escritos y particularmente en el *Timeo*, no es inteligible sino para aquellos lectores que han hecho un estudio profundo de la música.

» Pero, ¿á qué citar otros filósofos cuando el maestro de todos ellos, Sócrates, no se ha desdenuado, en su vejez, de tomar lecciones de lira? ¿Quién ignora que, en los antiguos tiempos, la música era de tal suerte cultivada y hasta tal punto enaltecida, que se confundían en una misma acepción los nombres de músico, poeta y sabio?»

En el pasaje anteriormente citado, Virgilio imita á Homero. En el festin dispuesto por Alcinoos en honor de Ulises, el rey de los feacios introduce á un ciego ilustre, Demodoco, que canta, acompañándose con su armoniosa lira, los altos hechos de la guerra de Troya. «Llega el heraldo conduciendo al elegante cantor Demodoco, colócale en el centro de los convidados y le apoya contra una elevada columna... Los poetas participan del respeto y homenaje de todos los mortales. La Musa en persona les ha enseñado su arte y profesa especial cariño á la tribu de los divinos cantores... Ulises se dirige al poeta y le habla de esta suerte: ¡Oh Demodoco! Yo te honro por encima de todos los mortales, ora hayas sido discípulo de la Musa ó del mismo Febo, puesto que en tus cantos te ajustas á la verdad... (2).»

VII.

La historia legendaria del arte musical es larga y curiosa. Añadamos algunos detalles á los consignados anteriormente.

Orfeo, célebre poeta de los tiempos legendarios de Grecia, es conceptuado el representante de una escuela poética que tenía su principal asiento en Tracia. Con su nombre y el de Homero se halla relacionada toda la civilización moral é intelectual de la antigüedad griega. En esos remotos tiempos, todo respiraba poesía, hasta el punto de que los sacerdotes escribían en verso sus lecciones y cánticos. Orfeo, discípulo de Lino, hijo de Apolo, se impuso la misión de someter el alma del hombre á las leyes de lo verdadero, lo bueno y lo bello. Para llevar á cabo esta misión, contaba con el don divino de su palabra, que acompañaba con los acordes de su lira: sus cantos, dicen las tradiciones legendarias, atraían á los árboles y á las piedras, los ríos suspendían su curso y las fieras se agrupaban mansamente á su alrededor. Su prodigioso talento tuvo ocasión de manifestarse en la grande expedición de los argonautas, de la cual formó parte. Inconsolable por haber perdido á su esposa Euridice, consiguió enternecer á las divinidades infernales, gracias á los acordes armoniosos de su lira. Acudieron aquellas á devolverle su tan querida consorte, mediante la condición expresa de que en su viaje del mundo subterráneo á la tierra no había de volverse una sola vez para contemplarla. Remontaban

silenciosamente, dice Ovidio, un sendero escarpado, oscuro y envuelto en espesas nieblas; hallábanse ya á punto de imprimir su planta en el límite superior, cuando Orfeo, temeroso de que Euridice se separe de él é impaciente por verla, la dirige una mirada llena de amor. Euridice desaparece instantáneamente. Tiéndela Orfeo sus brazos, quiere arrojarla en los suyos para estrecharla contra su corazón... ¡Desgraciado! Estrecha simplemente una sombra. Refieren los poetas que habiendo sido arrojada al Hebro la cabeza de Orfeo, la corriente conducía los sonos que de sus labios se exhalaban triste y lúgubrememente, y que los ruiseñores, anidados junto al lugar en que fueron depositados sus restos, cantaban más melodiosamente que sus compañeros.

En este mito, uno de los más bellos que de la antigüedad conservamos, resplandece el poder de la música y de la poesía en sus más puras manifestaciones. Los primitivos cristianos, muy al contrario de proscribirlo, como hicieron con la mayor parte de las fábulas del paganismo, tomaron pie de él para una alegoría apropiada á su dogma; representaron á Jesús bajo la forma de Orfeo, y la lira fué el emblema de sus divinas enseñanzas.

Arion era uno de los más célebres líricos griegos. En todas partes, dice Ovidio, resuena la fama de Arion: subyugados por los acordes de su lira, háse visto al lobo abandonar la caza del cordero y á la inocente presa olvidar miedo y peligro; un mismo árbol cobijaba bajo su sombra á los perros y á las liebres; la gacela se posaba en una peña junto á la leona; la paloma dejaba de huir ante el milano, y por primera vez el pájaro de Minerva soportaba sin enojarse el graznido de la corneja.

El nombre de Arion había resonado en todos los lugares de Sicilia y el eco de las costas de Ausonia había repetido sus acordes. Regresaba el poeta de esos sitios, montando una nave cargada con los tesoros debidos á su genio. Navegaba con temor al viento y á las olas, ignorando que el seno de los mares era para él asilo más seguro que el de su embarcación. Efectivamente, ganosos de botín, el piloto y los marineros alzaron contra Arion el hierro homicida. — «¡Á qué esas armas! dice el poeta. No es ciertamente la vida lo que de vosotros imploro; mas permitidme arrancar aun unos pocos sonidos de mi lira.»

Cíñese Arion una corona digna de adornar la cabeza de Febo; flota sobre sus espaldas un manto dos veces teñido en la púrpura tiria; suena dulcemente su lira bajo la presión de sus dedos... No de otra manera el cisne, herido por cruel saeta, preludia con armoniosas quejas su postrimer suspiro. De repente arrójase Arion al mar, y las olas se agolpan presurosas á los costados del buque. ¡Oh prodigio! Un delfín presenta dócilmente el lomo á la víctima, invitándole á montar en él; el poeta acepta la invitación y arranca de su lira nuevos acordes que calman á las aguas. La piedad del animal marino llamó la atención del cielo: Júpiter colocó al delfín entre los astros y le rodeó de nueve estrellas. No por otra causa, á ruegos de Apolo, dios de los músicos, fué colocado en el cielo el delfín que salvó á Arion, el célebre tocador de lira.

Anfion, célebre músico griego, había recibido de Apolo, al decir de los poetas, una lira de oro, al son de la cual construyó á Tebas: las piedras, conmovidas por la dulzura de sus tocatas, corrían instantáneamente y se colocaban las unas encima de las otras; y esto, históricamente hablando, quiere decir probablemente que rodeó de muros á la ciudad, hasta entonces abierta, y en la cual hizo florecer las artes durante su reinado, que compartió con su hermano Zethus.

(1) M. Fouillée, *Filosofía de Platon*, tomo I, pág. 284.

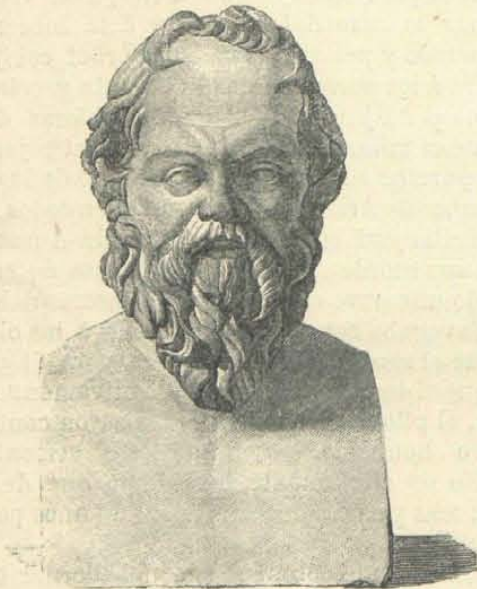
(2) *Odiseo*, canto VIII.



Erato, musa de la poesía lírica, con la cítara perfeccionada. (Museo Pio Clementino).



Apolo tocador de cítara. (Museo Pio Clementino).



Sócrates (según la *Iconografía griega* de Visconti).



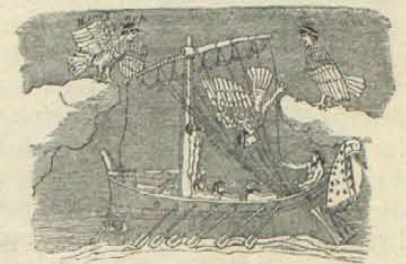
Platón (según la *Iconografía griega* de Visconti).



Zethus y su hermano Anfión. (Sacado de un bajo-relieve romano).



Orfeo. (Fresco del siglo I ó el II de nuestra era, que fué encontrado en el cementerio Domitilla, Roma).



Ulises y las sirenas. (De un jarro que se conserva en el Museo Británico).

ARMONÍAS DEL SONIDO.

(Véanse las páginas 70, 71 y 74).



UNA SORPRESA.

(Véase la página 95).

T. I.—10.

Las sirenas eran unos monstruos cuyo hermoso semblante reunía á los encantos de la belleza la seductora sonrisa de las más hermosas ninfas, al paso que lo restante de su cuerpo tenía forma de pájaro ó de cola de pez. Algunos autores elevan su número á cinco y hasta á ocho; pero las tres más célebres eran Leucosia, que llevaba un papel de música ó solfa, en ademán de cantar; Libia, que ostentaba una flauta, y Partenope, que pulsaba una lira. Habitaban junto á Sicilia, en escarpadas rocas, y eran de naturaleza tan irresistible sus cantos suaves, que atraído por ellos el viajero, corría á una muerte cierta. El oráculo había pronosticado á estas ninfas del mar, que perderían la vida entre las olas en cuanto un solo navegante cruzase junto á ellas sin dejarse arrastrar á los líquidos abismos, seducido por los encantos de su dulce voz. Triunfó de ellas Orfeo, en el viaje de los argonautas, gracias á los maravillosos sonidos de su lira, y desde aquel instante quedaron mudas. El oráculo, sin embargo, no se había cumplido del todo. Cuando Ulises cruzó por delante de las rocas que las servían de morada, recobraron su voz melodiosa, que á pesar de todo fué impotente contra el héroe y los marinos que navegaban en su compañía: aquél se había hecho atar al palo de la nave, y en cuanto á sus compañeros, había tenido la precaución de taparles los oídos con cera. Vencidas las sirenas por la prudencia de Ulises, se precipitaron en las olas y nunca más volvieron á aparecer.

Estos mitos tienen un precioso interés para cuantos penetran su intención moral y la verdad que tras ello se esconde.

No hay para que extenderse más acerca de los orígenes fabulosos ó legendarios atribuidos á la música: basta haberlos indicado á renglón seguido del que debe conceptuarse como verdadero. Más adelante tendremos ocasión de convencernos de que ese origen, ni más ni ménos que el de las bellas artes en general, es común con el origen del hombre.

Traducido del francés por
MANUEL ANGELON.

(Continuará).

EGIPTO

EN IMÁGEN Y EN PALABRA,

POR

JORGE EBERS.

LA ANTIGUA ALEJANDRÍA.

(CONTINUACION).

Sólo una parte selecta tenía cabida en las espléndidas fondas de las cercanías del palacio real, aunque siempre quedaba abierto al pueblo en las fiestas lo que por los Tolomeos se mandaba.

Lo que como testigo ocular nos cuenta Calixeno de aquellas fiestas parece un cuento, aunque merece crédito, rebajando quizás los guarismos.

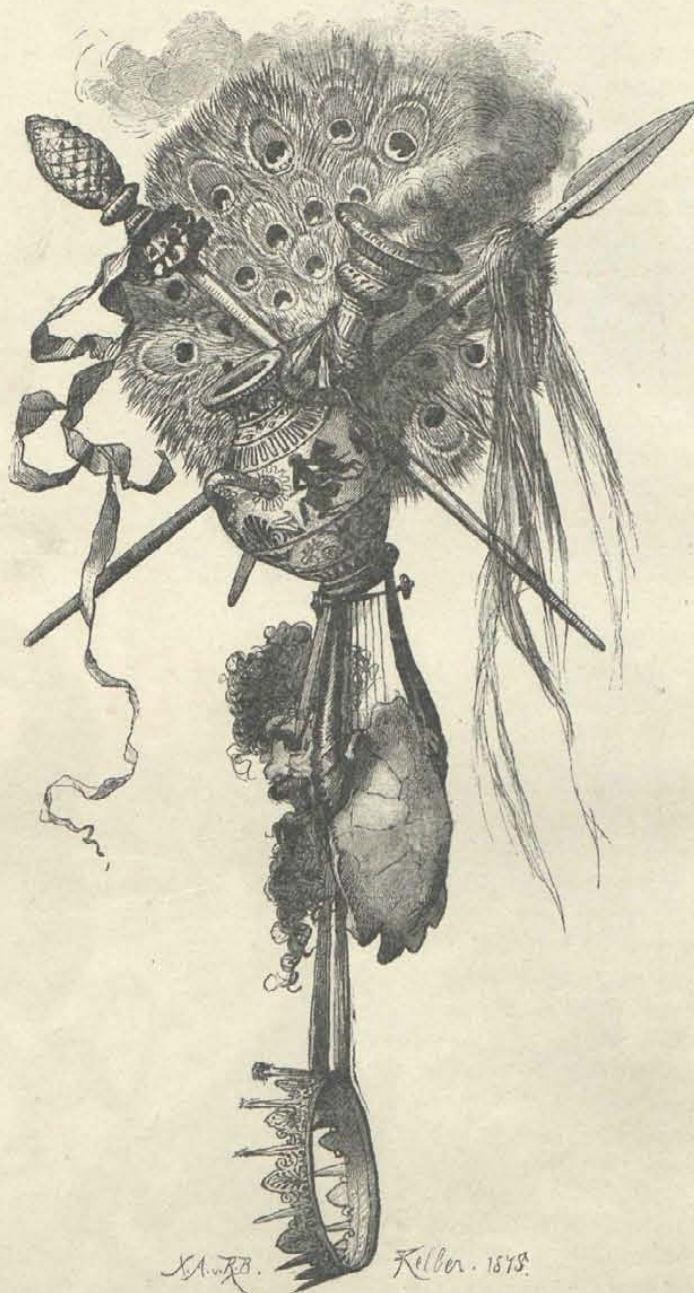
La representación figuraba el mito de Baco, pero con ecos y reminiscencias de usos y costumbres egipcias.

La procesion de los pasos mitológicos era tan larga, que allá se perdía de vista. Así como en tiempo de los reyes egipcios se llevaban solemnemente las imágenes de los dioses y faraones egipcios, llevábanse también despues los habitantes del Olimpo y los príncipes macedónicos Alejandro el Grande, Tolomeo Sóter y su hijo Filadelfo. Para aumentar el regocijo se celebraban juegos gímnicos, recibiendo los vencedores por galardón, y también el mismo rey, coronas de oro. Entre dos y tres

millones de duros costó una fiesta de estas en un solo día á los Tolomeos, sin contar lo que habían de gastar para su escuadra (sólo en el puerto del lago Mareótico se contaban ochocientas magníficas embarcaciones del Nilo), para el ejército, para la corte, el Museo y la biblioteca.

Ninguna dinastía de aquel tiempo igualó en riqueza á los Lagos, y ninguna supo emplear sus tesoros de un modo más productivo que los primeros Tolomeos.

Tolomeo Sóter fué en primer lugar, como virey de Alejandro, y luego como rey, el fundador de los magníficos edificios del Bruchium, muchos de los cuales



completó su hijo Filadelfo. En el adorno de su propio palacio fué muy moderado, pues solía decir que un rey debía enriquecer á otros ántes que á sí propio. Era un soberano sóbrio, enérgico y sabio, que echó los cimientos de la mayor parte de las fundaciones que habían de hacer grande á Alejandría. Su inclinación á proteger la ciencia y el arte pasó hasta á los más depravados de sus últimos descendientes.

Segun las miras de Alejandro, dejó él á los egipcios sus antiguas leyes y divinidades, manteniéndolos, empero, en la obediencia por medio de colonias militares: quizás hubiera él conseguido, y si no él, sus sucesores, despertar la vida y espíritu helénicos por todo el valle del Nilo, si con la mira de mantener pura la sangre de

los colonistas no hubiese privado del derecho de ciudadanía á los hijos de casamientos mixtos. Aunque habia en Alejandría muchísimas familias no griegas, toda petición que se dirigiese á su consejo empezaba con estas palabras: «Varones macedónicos.»

Con especial afán estudió Sóter el comercio. Mandó ensanchar y mejorar los puertos de la ciudad, sacó de la Fenicia ocho mil constructores de barcos y muchísimos cedros del Líbano para aumentar la escuadra. Los comerciantes del antiguo Egipto no habian conocido ninguna moneda, como que en sus pagos pesaban ordinariamente el metal fundido á este efecto. Sóter siguió el ejemplo de los Estados de la madre griega y mandó acuñar en Alejandría monedas de oro, plata y cobre. Muchas de las testas de los Tolomeos se distinguen por la belleza del trabajo y nos familiarizan, si así es lícito decirlo, con los individuos de la dinastía de los Lagos. Al círculo de los sabios que Sóter reunió en torno suyo, pertenecian el matemático Euclides, los médicos Erasistrato y Herófilo, el ateniense Demetrio Falero, á quien consultaba el rey como á jurisconsulto, y de quien recibió la excitación de buscar y reunir libros. Él mismo compuso una historia (que desgraciadamente se ha perdido) de las guerras de Alejandro el Grande. De los artistas que trabajaron á sus órdenes sólo nombraremos á Apéles, y á su rival, el escultor Antífilo.

Tratábase de edificar una nueva ciudad, de gozar en el mercado de los productos de tres partes del mundo, al cual iban llegando incesantemente riquezas inauditas. ¿Qué extraño, pues, que Alejandría atrajese artistas de toda especie, cuando los soberanos y los griegos, tan amantes de lo bello, ofrecian su concurso, y cuando la casa real estaba dando el ejemplo de realzar la vida con todo lo bello y atractivo?

La primera mujer de Sóter fué la hetaira (1) Tais; su segunda mujer fué la macedónica Berenice, de donde la palabra alemana Bernstein (ámbar, succino). Una y otra enseñaron á las alejandrinas á hermanar el sentido griego de lo bello con el amor á la magnificencia y ostentación. Las joyas más preciosas que han llegado hasta nosotros son las que se labraron para los Tolomeos; para las alejandrinas sobre todo trabajaban las famosas

fábricas de tejidos de Cos aquella delicadísima seda trasparente (*bombyx*), que cubria las bellísimas formas de la mujer sin ocultarlas.

No hablaremos aquí de las guerras de Sóter, por no ser este su lugar. Al fin de su reinado, nombró co-regente á Filadelfo, hijo suyo y de Berenice. Éste encontró Alejandría casi terminada, faltándole sólo lo accesorio del ornato; pero para esto estaba plenamente dotado el nuevo rey; el cual, ménos enérgico que su padre, no hubiera tenido la fuerza necesaria para despertar lo grande de la nada; pero para lo bello y lo gracioso mostróse el alumno de Estrato y Filetas, como amigo de la ciencia, perfectamente adecuado. De aquí el haberle comparado con Salomón, como se ha comparado á su padre con David.

Durante su reinado alcanzó Alejandría el apogeo de su grandeza. Ningun individuo de su casa, fuera de la última Cleopatra, ha alcanzado mayor celebridad, y no ya con gloriosas guerras, sino por obras de la paz, para lo cual le dió lugar bastante un reinado de treinta y tres

años, y medios muy suficientes los inauditos tesoros que llenaban sus arcas. Reinando él, se llevó también á cabo la traducción al griego de la Biblia llamada de los *Setenta*. Al terreno de la tradición pertenece el cuento de los setenta intérpretes, que, á pesar de trabajar en locales muy separados, entregaron, según se dice, traducciones en un todo idénticas. El hecho más grande y más importante por sus consecuencias fué su afán por el Museo, que alcanzó en vida suya el más alto esplendor.

El edificio más grandioso en el que eran acogidos los sabios más descolantes entre los contemporáneos de los Tolomeos, para que se

dedicasen, libres de todo cuidado, juntos y á solas, á sus estudios y á la enseñanza, estaba situado en el cuartel de los palacios reales, y consistía en un grandísimo patio sombreado de árboles frondosos con fuentes y asientos, en un pórtico rodeado de columnatas para guarecerse de la lluvia, en el cual aquellos eruditos se reunian, discutian y tenian espacio suficiente para llamar en torno suyo á sus alumnos; y habia además en otro grandísimo edificio un extenso salón con la mesa siempre dispuesta para ellos. Aquí se recostaban para comer los griegos, que comian medio recostados, formando grupos según las escuelas á que pertenecian: el aristotélico al lado del aristotélico, el platónico al lado del platónico; cada grupo debia nombrar su presidente, y los presidentes juntos formaban un senado cuyas sesiones eran dirigidas por un pontífice neutral, nombrado por el gobierno.

El edificio era inmenso, rica y artística la disposición de sus patios y pórticos, y tal la independencia individual de los sabios, que podian enseñar ó estudiar en el retiro y silencio más completos, según lo tuvieran por conveniente.



Mujer sentada sobre las ruinas de la antigua Alejandría.

(1) La palabra *hetaira* expresaba entre los áticos generalmente lo contrario de la mujer casada, esto es, *querida*, y así fué como descendiendo en el sentido moral, vino á significar barragana, manceba, concubina, hasta rebajarse á prostituta y á lo que tan gráficamente expresa la lengua francesa con las locuciones *filles de joie* y *filles folles de leur corps*. El estado de la vida doméstica y matrimonial de aquel tiempo hizo, sin embargo, que no envolvese la palabra *hetaira*, entre los atenienses, ninguna idea injuriosa. Hubo entre ellas mujeres hermosísimas y de talento que no dejaron de influir en la política, y que sirvieron de modelo á los más célebres escultores para representar la diosa del amor, Vénus (*Afrodita*, hija de la espuma del mar, según la tradición). Las más célebres fueron Aspasia, Tais, Mirrina, Lamia, Targelia, Lais, Leaina, Teodota, y sobre todo Frine de Tespia, la que sirvió de modelo á Praxíteles en sus incomparables representaciones de Vénus. — (Nota del Traductor).

En los días de Filadelfo convirtiéndose el Museo en un foco que reunía todos los rayos de la vida espiritual de aquel tiempo, teniendo al efecto cuantos medios podían apetecerse, ya que Filadelfo se afanó en aumentar la biblioteca fundada por su padre, prodigando los medios más apropiados y ordenándolo todo tan completamente, que la biblioteca del Museo de Alejandría vino á ser celebrada con justicia con sus 400,000 manuscritos como la primera y más aventajada de toda la antigüedad. Hasta el tiempo de César, en el cual estos tesoros, hijos de la aplicación y del trabajo de tantos sabios alejandrinos, vinieron á ser pasto de las llamas, hay motivos para suponer que la biblioteca de los Tolomeos contenía 900,000 manuscritos.

Todos los ramos de la ciencia fueron cultivados en el Museo de Alejandría, y se dió impulso á todas las disciplinas; pero lo más importante y duradero fué lo que allí se hizo en los terrenos de la gramática y de la filología en el sentido moderno, y de las ciencias naturales.

Á los esfuerzos y vigili-
as de los alejandrinos estamos debiendo la conservación de la literatura griega; y excusamos decir el grandísimo influjo que ésta ha ejercido en la cultura del Occidente. Por lo que hace á las ciencias naturales, es innegable que el brillante desarrollo de las mismas en nuestro tiempo se enlaza con las tradiciones, y sobre todo con el método de los alejandrinos. El restablecimiento de las ciencias fué un restablecimiento de los principios alejandrinos.

Los reyes Tolomeos se gozaban en el trato de los sabios del Museo, y todos los espíritus descollantes de su tiempo se reunían en él á instancias de los mismos. No pocas cartas se han conservado que proceden del gran poeta Menandro de Atenas y de su querida Glicera, á quien escribía aquel: «He recibido de Tolomeo, rey de Egipto, algunas cartas en las que con régia liberalidad me promete montones de oro y me invita con mucho encarecimiento á mí no menos que á Filemon. En cuanto á éste, hará lo que bien le parezca; lo que es yo, no pido á nadie consejo; sólo tú, Glicerita, has de ser ahora para mí como lo fuistes siempre, mi consejero areopagítico, mi Heliea, mi todo.» Á esto contestó Glicera: «Tan pronto como recibí la carta del rey, que tú me enviaste, la leí con afán en Kalligeneia, en cuyo templo me encuentro ahora; el gozo me quitaba la respiración, y tanto, que no pude ocultar á los circunstantes mi júbilo.

Mi madre y mi segunda hermana Eufronita y una amiga mía á quien tú conoces, estaban cabalmente conmigo... Cuando vieron irradiar mi semblante, y en mis ojos una insólita alegría, me preguntaron: ¿Glicerita, qué dicha tan grande te ha llegado,

que tan demudada estás en espíritu y en cuerpo y en todos tus miembros, y bailan tus ojos de contento?—Entonces yo les contesté: El rey de Egipto, Tolomeo, invita á Menandro á su palacio y le promete, estoy por decir, la mitad de su imperio;—y esto lo dije en voz clara y recia para que lo oyesen todos los que estaban allí presentes. Y al proferir estas palabras, levanté en alto y sacudí con mis ma-

nos la carta con el sello real.»

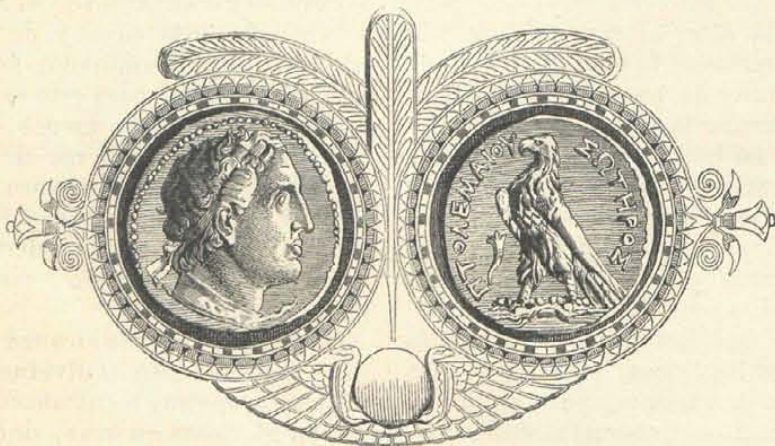
Aun suponiendo que sean estas cartas apócrifas, nos dicen al menos el entusiasmo con que por los griegos más descollantes de aquel tiempo se recibía una invitación de Alejandría. Menandro no pudo salir de Atenas; pero no faltaron poetas y sabios que admitieron la invitación de Tolomeo y encontraron en Alejandría una nueva patria querida, no sólo entonces, sino también después de haberse extinguido desde mucho tiempo la esplendidez de la dinastía tolomáica.

Á Sóter y á su hijo Filadelfo siguió el hijo de éste llamado Evergétes, el cual dilató con sus guerras los límites de Egipto á levante, y tuvo al mismo tiempo bastante fuerza y voluntad para tratar con cariño á la ciudad de las artes, de

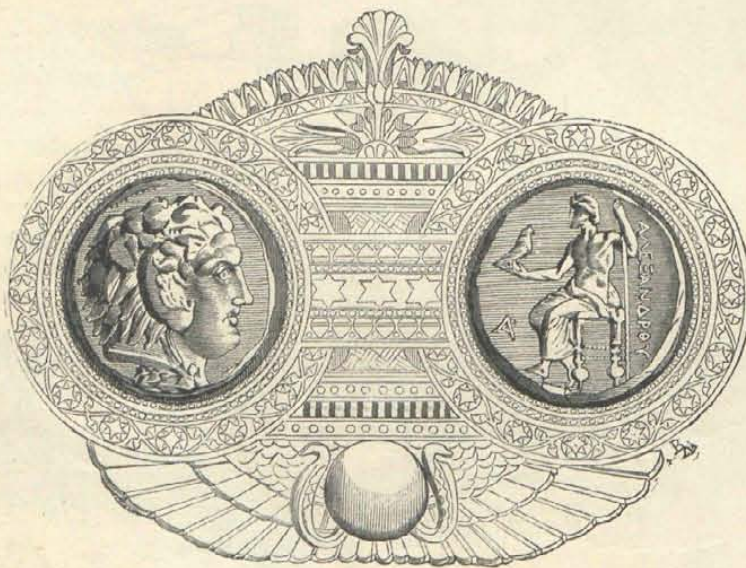
las letras y del comercio.

Reinando Epifanes, menor de edad, Tolomeo V, perdida la batalla de Paneas, se traspasó al Senado romano la tutoría del rey; y desde entonces hízose cada día más sensible el influjo romano en Alejandría, no menos que en el reinado de Evergétes II (Fiskon), cuyo puño criminal, pero robusto, y alta capacidad pudieron contener, aunque sólo por breve tiempo, la ruina de su dinastía degenerada. En los últimos días, relativamente tranquilos, de su accidentado reinado, supo desenvolver el comercio de Alejandría; pero sus sucesores inmediatos acabaron por echar á perder lo que to-

davía pudiera haberse conservado. El romano Pompeyo fué nombrado tutor de la célebre Cleopatra y de su marido, hermano suyo; y después de la batalla de Farsalia, fué asesinado en las playas egipcias á incitación de su pupilo. César entró en Alejandría, y después de haberse defendido en Bruchium contra fuerzas muy superiores, derrotó con la ayuda de Mitrídates á sus adversarios egipcios. Tolomeo



Moneda de Tolomeo Sóter.



Moneda de Alejandro el Grande.



Moneda de Tolomeo V Epifanes.

murió ahogado en un combate contra los romanos, con el buque que le llevaba, en un brazo del Nilo de la Delta; y desde entonces pertenecieron el Egipto y Alejandría á los romanos, por más que Cleopatra y su hermano de once años, su co-regente, al cual quitó luego aquella de en medio, siguiesen llevando la doble corona del Egipto superior é inferior.

Mientras se defendía César en Bruchium, Cleopatra, que tenía entonces diez y siete años, envuelta en una alfombra como un fardo, se había hecho introducir á espaldas de un criado en el palacio real, logrando con su hermosura y con su talento enamorar al gran romano. Y cuando Antonio, poco después, sacrificaba á aquella mujer su deber y su nombradía, conservó César su grandeza de ánimo más gloriosamente que en la defensa de los palacios reales de Alejandría. En aquellos días aciagos fué pasto de las llamas la biblioteca del Museo. Más tarde procuró Cleopatra reparar aquella pérdida recabando de Antonio que enviase á Alejandría los 200,000 manuscritos de la biblioteca de Pérgamo; con lo cual siguió aquella mujer las tradiciones de su casa protegiendo las ciencias y á los que á ellas se dedicaban. El antiguo médico Dioscórides escribió sus obras durante su reinado, y el astrónomo alejandrino Sosígenes, muy impuesto en la división del año egipcio, cooperó con César á la introducción del nuevo calendario conocido con el nombre de Juliano.

En el triunfo de César en Roma, mostróse al pueblo romano la estatua del Nilo con una copia del Faro de Alejandría, y al traspasar las dagas de los conjurados, tres años después, el ambicioso corazón del gran Dictador, permaneció Cleopatra con Ce-



Introdúcese Cleopatra en el palacio real.

sarion, hijo de entrambos, en su quinta más allá del Tíber.

(Continuará).

Traducido del alemán por
ANTONIO BERNES DE LAS CASAS.

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

INTRODUCCION.

(CONTINUACION).

III.

Y al pasar revista de los principales seres que en otras épocas vivían en aquellos mares ó en sus playas y costas, y también en las embocaduras de los grandes ríos que vertían en ellos sus aguas, llegamos á un grupo de animales de los que en vano buscaríamos los análogos en la época actual. Los saurios (del griego *σαῦρος*, lagarto) aparecieron por vez primera en el terreno carbonífero, al propio tiempo que los crustáceos chupadores ó xifosuros y los grandes escorpiones que empezaron en aquella época la clase de los insectos. En el período de la caliza conchilífera los saurios alcanzaron dimensiones gigantescas. Viéronse aparecer entónces el *Palæosaurus*, cuya longitud alcanzaba hasta 25 metros; el *Thecodontosaurus*, del que se conoce tan sólo una especie, el *T. antiquus*, Ril. y Stutch, que tiene veinte y un dientes en la mandíbula inferior; el *Nothosaurus* ó *Dracosaurus*, notable por la longitud de su cuello, compuesto de veinte vértebras al ménos; y otros numerosos géneros que sería prolijo enumerar. Es en el lias sobre todo en donde se hallan los restos fósiles de estos extraños seres, mitad peces, mitad cocodrilos, cuyas dimensiones colosales demuestran cuál era entónces el poder de desarrollo del reino animal. «Los más extraordinarios de estos monstruos anfibios que infestaban los mares y las costas, dice M. Mangin, eran sin duda el *Ichthyosaurus* y el *Plesiosaurus*.» Jorge Cuvier (1), guiado por esas leyes admirables de correlación de los órganos, cuyo descubrimiento es la gloria de la anatomía comparada, ha dado una descripción completa de estos extraños seres, «que de todos los animales fósiles, son los que ménos se parecen á los que conocemos, y que los más dijéranse hechos para sorprender al naturalista por sus combinaciones de estructura, las cuales, sin duda alguna, parecerían increíbles á cualquiera, si no estuviera en su mano poder cerciorarse por sí mismo.»

«En el primer género, continúa Cuvier, un hocico de delfín, unos dientes de cocodrilo, una cabeza y un esternon de lagarto, unas patas de cetáceo, pero en número de cuatro; en fin unas vértebras de pez. En el segundo, con estas mismas patas de cetáceo, una cabeza de lagarto y un largo cuello parecido al cuerpo de una serpiente: hé aquí lo que el *Plesiosaurus* y el *Ichthyosaurus* han venido á presentarnos después de haber estado enterrados durante tantos millares de años bajo enormes masas de piedras y mármoles, porque, como es sabido, pertenecen á los antiguos pisos secundarios. No se hallan sino entre esos bancos de piedra marmórea ó de mármol pardusco, cubiertos de piritas y ammonites, ó en la oolita, todos terrenos del mismo orden que la cordillera del Jura. En Inglaterra es en donde sobre todo sus restos aparecen más abundantes; así es que, merced al celo de los naturalistas ingleses, se ha adelantado mucho en el conocimiento de estos seres. Nada se ha ahorrado para recoger muchos de sus fragmentos y reconstituir con ellos el conjunto, miéntras el estado de dichos fragmentos lo ha permitido.»

El célebre paleontólogo inglés R. Owen (1) ha reunido en una familia, la de los *Enaliosaurios* (2), los numerosos representantes de los géneros: *Ichthyosaurus*, *Plesiosaurus* y *Pliosaurus*. El primer género, llamado así de *ictios*, pez, y *saurio*, lagarto, descrito por primera vez por Koenig, abraza los reptiles marinos que tenían el cuerpo abultado y largo, con los cuatro miembros transformados en aletas, la cabeza larga y puntiaguda y los ojos muy grandes resguardados por un círculo de placas óseas, de 14 pulgadas de diámetro, lo cual supone una pupila tan grande como la cabeza de un hombre. Los dientes eran macizos y estriados, y en algunas especies se contaban en número de 180. Se han hallado algunos restos muy bien conservados de individuos que median hasta 12 metros, de los cuales dos tan sólo para la cabeza. Este género apareció en la época del lias, en la cual alcanzó su máximo desarrollo, y se extinguió en el período cretáceo. El plesiosauro, de *plesio*, cercano, y *saurio*, lagarto, descrito por primera vez por Conybeare, tenía, por el contrario, la cabeza pequeña. Este reptil, más gigantesco que el anterior, estaba caracterizado por un largo cuello en forma de serpiente, cuerpo abultado, aletas natatorias prolongadas y cola muy corta. Se han descubierto sus osamentas en Inglaterra en la arcilla de Kimmeridge y de Oxford. Este género apareció al principio de la época del lias y terminó en la senónica.

Supónese que estos monstruosos anfibios llenaban en la época jurásica las funciones actualmente encomendadas á los cetáceos, esto es, de reprimir en el Océano la excesiva multiplicación de peces y moluscos. Los ictiosáuros estaban particularmente dotados para esta obra de destrucción: sus ojos eran de un grandor extraordinario; su potencia de visión les permitía á la vez descubrir su presa á las más grandes distancias, y perseguirla durante la noche ó en las oscuras profundidades del mar. Se conservan algunos cráneos de ictiosáuros cuyas cavidades orbitarias alcanzan un diámetro de 35 á 36 centímetros. En la especie mayor, las quijadas, armadas de dientes muy agudos, tienen una abertura de cerca de dos metros. La voracidad de estos animales les exponía muy frecuentemente á perder sus dientes; pero estos dientes, como los de los cocodrilos, no tardaban en ser reemplazados. Su aparato digestivo era proporcionado á la dimensión de su boca; el estómago ocupaba la mayor parte del cuerpo y podía recibir las presas, que el ictiosáuro tragaba las más de las veces sin mascarlas. Además, la estructura particular de sus órganos respiratorios permitía que el animal pudiera almacenar una gran cantidad de aire y respirar por mucho tiempo debajo del agua. Sus piés palmeados, parecidos á las vigorosas aletas de la ballena, hacían de él un excelente nadador; pero es probable que, arrojado á la costa, podía apenas arrastrarse por la arena ó por las rocas. La voracidad de estos reptiles no respetaba siquiera su propia especie: se han reconocido algunos huesos de individuos jóvenes entre los restos de toda especie de animales, medio digeridos, que se hallaban en el interior del esqueleto de los grandes adultos.

En cuanto á los plesiosauros, las pequeñas dimensiones de su cabeza y su cuello delgado y prolongado, suponen en ellos unos apetitos análogos á los de nuestras grandes serpientes, y son, de otra parte, como los ictiosáuros, notables por el volumen relativamente enorme de sus ojos. Las proporciones de su tronco y de su cola, eran á poca diferencia las de los cuadrúpedos ordinarios; pero por la estructura de sus costillas, recuerdan á

(1) R. Owen, *Report British assoc.*, 1841.

(2) Del griego *εν*, *ἐν* el mar, y *σαῦρος*, lagarto: lagartos viviendo en el mar.

(1) Cuvier, *Ouvem. foss.*, 4.^a edic., tomo X.

los camaleones. «Es probable, dice M. E. Margollé, que este raro animal, que no podía, á causa de la longitud de su cuello, moverse rápidamente en medio de las olas, nadara en su superficie ó permaneciera cerca de la playa, en las aguas poco profundas, en donde, oculto entre las algas, podía á la vez acechar su presa y sustraerse de la vista de los ictiosáuros, que eran sus más temibles enemigos.»

Después de la notable familia de los enaliosaurios, siguen las no menos interesantes de los mosasaurios y de los dinosaurios. La primera toma su nombre del río Meuse (*Mosa*), porque los restos de los animales que comprende, fueron descubiertos en sus orillas, en la creta de Maestricht. Únicamente se conoce un género y algunos grupos cuya historia es incompleta.

«Las famosas canteras de greda porosa del monte de San Pedro, cerca de Maestricht, dice Cuvier, han dado, al lado de muy grandes tortugas marinas y de una infinidad de conchas y zoófitos marinos, un género de lagartos no menos gigantescos que el *Megalosaurus*, y que se ha hecho célebre por las investigaciones de Camper y por los dibujos que Faujas ha presentado de sus huesos, en su historia de esta montaña. Alcanzaba una longitud cuando menos de 25 metros; sus grandes quijadas estaban armadas de robustos dientes cónicos, un poco arqueados, levantados de un extremo ó lomo inferior, y tenía además algunos de estos dientes en el paladar. Se contaban más de ciento treinta vértebras en su espina dorsal, convexas por delante y cóncavas por detrás. Su cola era elevada y aplanada y formaba como un ancho remo vertical.» De sus caracteres bien determinados por inteligentes naturalistas, resulta evidentemente, según el sabio paleontólogo F. J. Pictet (1), que el mosasaurio fué un reptil carnívoro acuático, muy bien organizado para una natación rápida y bastante ágil y flexible para coger con facilidad los peces que debían formar su ordinario alimento. El yacimiento en que se hallan sus restos, demuestra que fué marino: se conocen dos especies.

La familia de los dinosaurios (*δινωσάρια*, en griego, significa formidable, enorme) es un grupo de reptiles gigantescos descubiertos en Inglaterra por Buckland y Mantell. Los pies son cortos y los huesos largos, con apófisis robustas y canal medular muy acusado, carácter que no se observa en los demás reptiles. El fémur está un poco retorcido; las costillas prenden al tronco por una doble articulación, y el sacro está constituido por cinco vértebras soldadas á diferencia de los demás reptiles, cuyo sacro tan sólo consta de una ó dos. Esta familia, completamente extinguida, cuya aparición remonta á la época batónica y termina en la neocómica, encierra tres géneros. El más notable es el *Megalosaurus* de Buckland, especie de cocodrilo marino que, con la forma de los lagartos y particularmente de los *Monitores* (cocodrilos del Nilo), cuyos dientes agudos y dentellados tenía, alcanzaba una talla tan enorme, que suponiéndole, dice Cuvier, las proporciones de los monitores, debía pasar de veinte y tres metros de longitud. Era un lagarto grande como una ballena. A la misma familia pertenece el *Iguanodon* descubierto por Mantell; pero la forma de los dientes de este animal, del horizonte wealdico, que media hasta 18 ó 20 metros, indica que se alimentaba de vegetales. M. Owen cree que estaba más elevado sobre sus piernas que ningún otro reptil conocido.

Pero hé aquí sin duda el más raro de todos estos antiguos habitantes del Océano: es un animal que participa á la vez del reptil, del murciélago y del ave. Se le ha llamado *Pterodáctilo*, de *pteron*, ala, y *dáctilos*, dedos,

porque el quinto dedo de sus miembros anteriores se prolongaba prodigiosamente en un pié formado de cuatro falanges y destinado evidentemente para sostener una membrana formando un ala tan robusta como la de las más grandes rusetas. Las mandíbulas se extendían aparentando una especie de pico armado de dientes parecidos á los de los reptiles. Este orden apareció al principio de la época del lias y terminó en la senónica. Los más caracterizados han sido hallados en las pizarras litográficas (terreno coralino). «Es probable, dice Buckland, que los pterodáctilos poseían la facultad de nadar fácilmente, como el murciélago vampiro, y que las mayores especies se alimentaran de peces, sobre los cuales se precipitaban como lo hacen las aves marinas. Su cabeza era muy robusta y desarrollada; sus enormes ojos indujeron á Cuvier á considerarlos como animales nocturnos. Los miembros anteriores, convertidos en alas, llevaban unos dedos prolongados, armados de fuertes uñas. El volúmen y la forma de los pies prueban que estos animales podían sostenerse en pié con firmeza, las alas plegadas, y poseían así una progresión análoga á la de las aves; como éstas también podían agarrarse á los árboles y trepar por las rocas y peñascos, apoyándose en pies y manos, como lo hacen al presente los murciélagos y lagartos.»

«Lo que más admira en este singular animal, dice el doctor Hœfer, es el extraño agregado de unas alas vigorosas unidas al cuerpo de un reptil; tan sólo la fantasía de los poetas ha inventado unos seres parecidos. De ahí la descripción de esos dragones que la Fábula nos representa disputando, en el origen de las cosas, la posesión de la tierra á la especie humana, y cuya destrucción era uno de los atributos de los héroes fabulosos, de los dioses y semidioses. Hoy día un solo reptil está provisto de alas, y este es el lagarto-dragon de Java; pero estos dragones modernos, de forma muy reducida, no pueden compararse en modo alguno con el pterodáctilo del antiguo mundo: sus alas, harto débiles para azotar el aire y hacerles volar á modo de aves, no les sirven sino para sostenerlos como un paracaídas cuando saltan de rama en rama.»

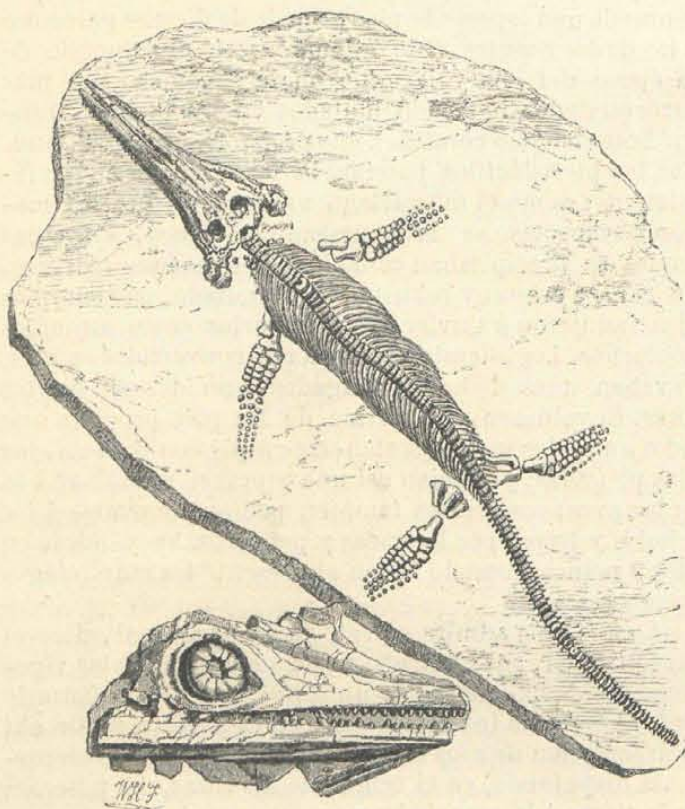
No debemos creer, por otra parte, que los pterodáctilos alcanzaran las dimensiones colosales de los demás reptiles marinos que acabamos de citar; por el contrario, eran unos animales relativamente pequeños; la extensión de las alas desplegadas, en las mayores especies, no pasaba de 35 centímetros. Según el doctor Chenu, el pterodáctilo de largo pico (*Pterodactylus longirostris* de Owen) presentaba las dimensiones siguientes: longitud de la cabeza, 104 milímetros; longitud del cuello, 80 milímetros; longitud del tronco, 58 milímetros; longitud de la cola, 18 milímetros: lo que da una longitud total de unos 26 centímetros. Recientemente, no obstante, se han hallado algunos pterodáctilos en los terrenos cretáceos, cuyos fragmentos hacen sospechar que pudo haber algunas especies de mucha mayor talla.

A medida, diremos con M. Mangin, que la era de las revoluciones geológicas se acerca á su término, que los continentes se forman y adquieren mayor consistencia, que los mares se circunscriben en sus lechos definitivos, que la temperatura general del globo baja y que los climas se distribuyen, siguiendo leyes más constantes, la fauna terrestre y marina se enriquecen con especies nuevas, cada vez más parecidas á las que conocemos, y que reemplazan paulatinamente las de las edades primitivas, víctimas, ya de los trastornos y cataclismos cuya sucesión está consignada en la historia del Océano, ya á causa de su propia voracidad. Así es que los reptiles monstruosos que por muchísimo tiempo habían infestado los mares y

(1) F. J. Pictet, *Paleontolog.*, tomo I, p. 467.

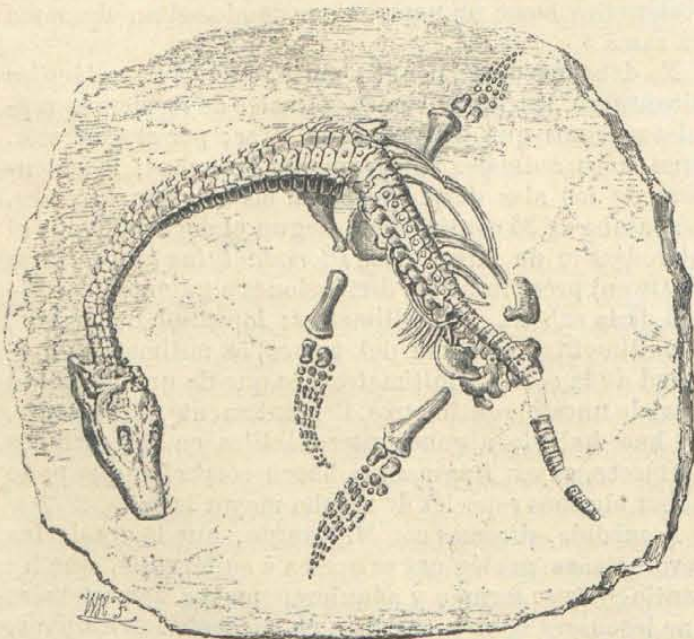
sus playas, no hallando un alimento suficiente, se aniquilaron devorando, como los ictiosáuros, individuos de su propia especie, y haciendo lugar á unas generaciones de animales superiores, tales como los mamíferos mari-

de las cuales, pertenecientes á los antiguos mares, difieren sensiblemente de las especies contemporáneas. La forma de aquellas era más lanzada y la estructura de sus quijadas, así como el corte y robustez de sus dientes,



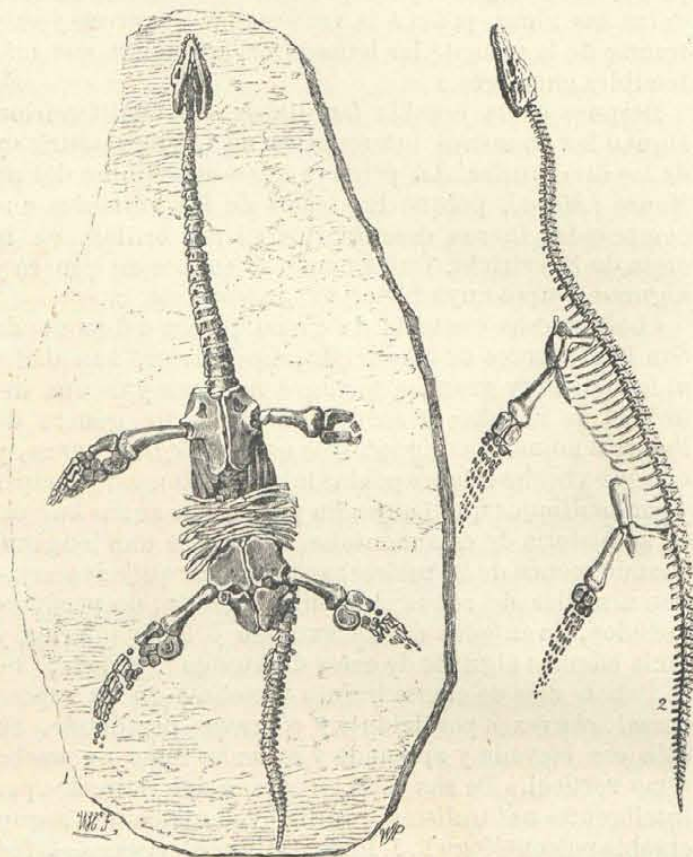
Ichthyosaurus chirologostinus. Ow.

nos: lamantinos, ballenas y delfines. Éstos aparecieron en el período llamado eoceno, y continuaron desarrollándose en los períodos siguientes: mioceno y plioceno. Este último precedió inmediatamente á la época cuaternaria, que toca con la edad actual.



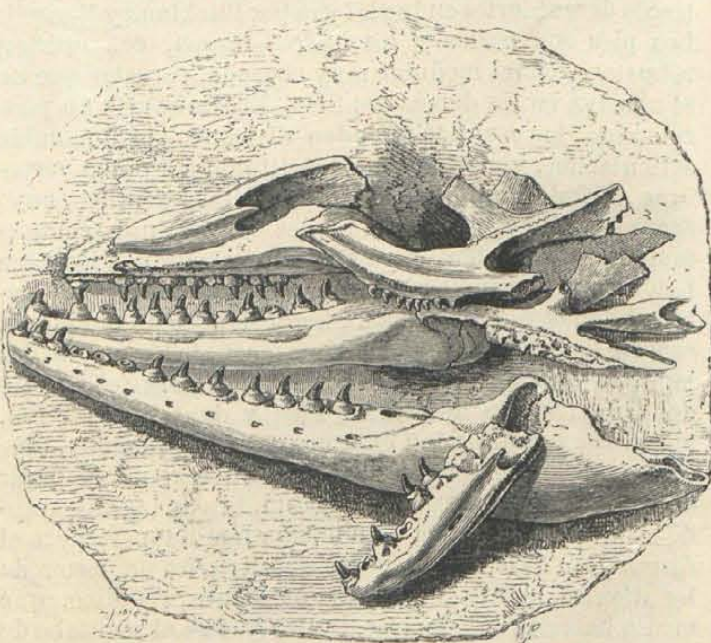
Plesiosaurus macrocephalus. Conyb.

Los cetáceos, que los naturalistas modernos dividen en cinco familias,—delfinidos, monodontes, heterodontes, fisetéridos y balénidos,—habitaron los mares desde la época terciaria. Se cuentan varias especies, de las cuales algunas están muy poco apartadas por sus formas de las especies actuales, y otras, por el contrario, distan mucho de ellas. Entre estas debemos citar las ballenas, algunas



1. *Plesiosaurus dolichodeirus*. Conyb. 2. Esqueleto del plesiosauro.

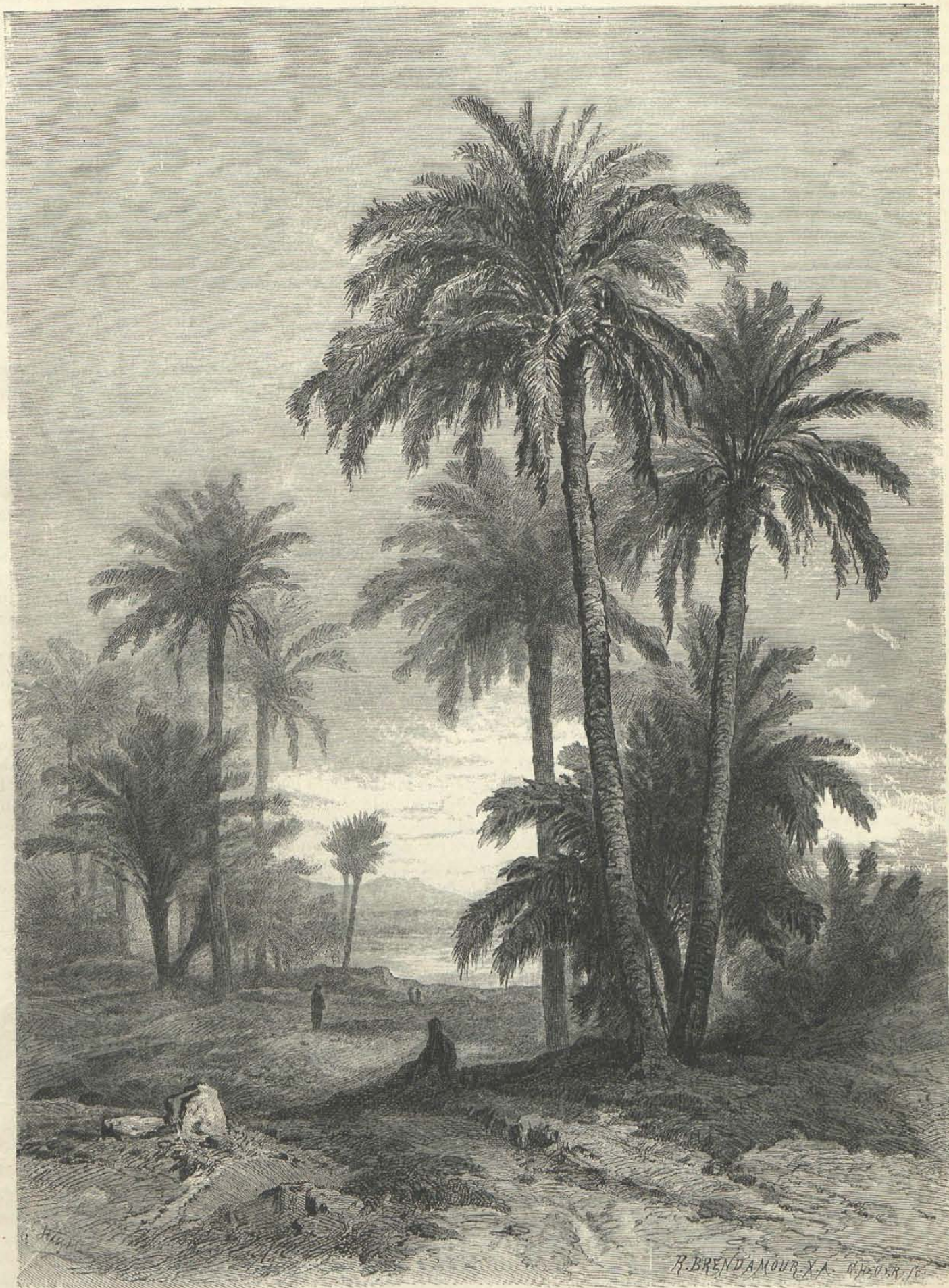
prueban que no se contentaban, para alimentarse, con pequeños animales, sino que devoraban también las mayores presas, y que participaron á su vez de los oficios destructores que sus predecesores, los enaliosaurios,



Mosasaurus (cabeza).

habían desempeñado con tan espantosa actividad. Sus osamentas están asociadas, en las capas superiores de los terrenos terciarios, con las de diversas especies de delfines y narvales, y también con algunos restos más raros de lamantinos y de focas.

Estos animales mamíferos marcan el término más ele-



EGIPTO. — Palmeras, planta característica de Oriente.

vado de la creacion oceánica, que se paró en este punto, despues de haber seguido en el curso de las edades y las revoluciones del globo su marcha progresiva, su sistema de compensaciones constantes, de trasformacion y renovacion de los seres, y hecho pasar la vida animal por una sorprendente serie de formas y de organismos, teniendo todos su razon de ser en un momento dado y desapareciendo despues de haber cumplido la tarea que les habia sido impuesta. Paralelamente y por semejantes fases, habia pasado la creacion terrestre, volviéndose á ver en ella la serie progresiva que principia por unos seres sencillísimos, siguiendo otros más y más superiores, hasta que el hombre, obra maestra de la creacion, vino á reinar en el imperio por tanto tiempo preparado para recibirle.

(Continuara).

SANTIAGO A. SAURA.

¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO III.

Gabriela.

Un espíritu alegre que retozaba de continuo en una boca pequeña, de blanquísimos dientes, y en el movimiento de unos ojos negros, francos y brillantes, cristales del alma que dejaban camino abierto hasta el fondo de un corazon sencillo y puro; una frente lisa y tersa, en la cual parecia como que hubiese de resbalar al tocar en ella todo impuro pensamiento; la frescura de los quince años realzando las gracias naturales de un cuerpo de mediana estatura pero de artísticas proporciones: hé aquí imperfectamente dibujado el retrato moral y físico de Gabriela, la niña cuya voz, dulce y vibrante como las cuerdas de una lira, descendió medrosa saludando á Martin cuando éste retiraba á su casa, y de cuyos ojos saltaron dos lágrimas al verle salir de nuevo, cual si el corazon amante adivinara la traicion del que amaba.

Era la vez primera que un sentimiento triste humedecía los ojos de Gabriela.

En la primavera de la vida, no habia visto aun la más ligera nube en el cielo riente y sereno de su imaginacion de niña; sin instintos de ambicion ni de brillante lujo, contentábase con las sencillas galas que permitia la modesta posicion de su familia; llenaba su corazon el cariño de una madre modelo de solitud y de dulzura, y el amor de Martin sus ilusiones todas.

Así, miraba el mundo al través del alegre cristal de su propia dicha. Creia en el amor de Martin como en la amistad de sus amigas, como en el cariño de su misma madre.

Y Gabriela no se equivocaba. Si un sentimiento noble y levantado, exento de toda mira egoista, alimentaba Martin hácia una mujer, aparte el afecto santo que profesaba á su madre, ese sentimiento era el de su amor á Gabriela.

Y no parezca demasiado osada esta afirmacion á nuestras lectoras que han visto hace un momento correr al jóven sediento de los halagos de otra mujer y olvidado del alma pura que lloraba herida en aquellos instantes su desvío. Las pasiones no son los sentimientos en el corazon del hombre; éstos y aquellas son tan distintos

como el objeto que persiguen y la causa que reconocen. La pasion, que es la exaltacion de los sentidos, los arrastra en pos de la imagen que se presenta brillante á los ojos deslumbrando la razon y provocando el deseo; el sentimiento es el calor suave que dulcemente se difunde por todas las fibras del corazon á la luz que parte de un rostro inocente ó á la influencia de otro corazon candoroso y tierno: aquella impresion produjo en Martin Lorenza, este efecto le causó Gabriela.

El jóven amaba, pues, á ésta, aunque estaba apasionado de aquella.

Por esto afirmamos que no se engañaba la cándida niña al creer en un amor que se le habia declarado con la elocuencia y persuasion del pecho que verdaderamente lo sentia.

De esta suerte, la fe unida á la inocencia de la doncella fué como un velo que se interpuso á sus ojos privándola de ver claro aquella noche lo que la salida de Martin significaba.

Las lágrimas que saltaron á sus mejillas no las hizo brotar el dolor vivo de un desengaño claro ó de una traicion manifiesta, sino más bien una vaga tristeza que rápidamente se apoderó del alma al influjo de un temor tambien vago como un presentimiento.

La jóven se recogió conturbada la imaginacion por mil y mil inciertas conjeturas, hasta que sus párpados se cerraron al cansancio del fatigado cerebro y quedó dormida.

La imagen última que hirió su mente seria sin duda durante el sueño menos poderosa que la bella imagen de sus amores, cuando Gabriela se levantó al siguiente dia sin la menor huella en el semblante de las malas impresiones de la noche.

Pero no podia menos, al despertar, de recordar aquel accidente, y fué esta la primera idea que hirió su memoria; mas el efecto habia de ser ya mucho menos vivo.

Aquella negra sombra se encontraba ahora con la clara luz de la naciente mañana y con los alegres colores de que matiza todas las imágenes la propia alegría del corazon en la aurora de la vida. La segunda impresion fué, pues, mucho más débil, y acabó á los pocos instantes por degenerar en sencilla curiosidad de ver y hablar á Martin para saber de él la causa de aquella extraña excursion nocturna.

Gabriela comenzó su tocado como los demás dias consultando su espejo, que esta vez la respondió lisonjero como nunca, y esperó luego con la ilusion de siempre la hora á que ordinariamente salia Martin para ir á cátedra.

Quince minutos ántes ya estaba la doncella junto al balcon con una labor en las manos y los ojos en la calle y en la casa de Martin.

—¡Qué perezoso es! se decia viendo los postigos entornados: es claro, ha dormido esta noche menos que otras...

Y aquí se estremeció Gabriela á este impertuno recuerdo.

Pero trascurrieron los quince minutos, y otros quince, y otros más, y ya el semblante de la jóven revelaba una seria preocupacion del ánimo.

—¿Será que no volvería á casa... se preguntaba, ó que estará enfermo?

Y sus ojos entretanto no se quitaban del balcon de Martin, cuyo mudo aspecto parecia anunciar una mala nueva.

Notó, además, que doña Mercedes no asomaba como solia hacerlo, y esta observacion daba naturalmente mayor cuerpo á sus recelos.

En esta cruel ansiedad pasó la mañana y vió entrar la tarde, hasta que allá á las cinco apareció Martin como por arte mágico en el umbral de su casa, saliendo ágil y gallardo como siempre y desapareciendo por la esquina de la calle de Sobradíel sin haber levantado siquiera los ojos al balcon de su amada.

Los de Gabriela, esta vez, no lloraron. El pesar formó súbitamente un nudo al interior de la garganta, impidiendo el paso á las lágrimas que ahogaban al corazón absorto y desesperado.

CAPÍTULO IV.

Los amigos de Martin.

¿Qué raro fenómeno se había obrado en el jóven, pocas horas ántes enfermo y molido en el lecho, que contra la opinion misma de su médico le vemos tan de súbito en la calle, sano y salvo segun revelan su andar desembarazado y sus miradas que respiran sobra de potencia en el ánimo y en sus facultades físicas?

No perdamos tiempo en averiguar cómo y por qué camino llegó la naturaleza á reponerse tan rápidamente; no la preguntemos por los milagros que permite obrar á la juventud pletórica de vida, sobre todo en ocasiones en que el espíritu valiente pide á un cuerpo sano y robusto el vigoroso concurso de sus músculos y su sangre.

Martin quedó desvanecido sobre la via férrea á consecuencia de un golpe en la cabeza que no produjo lesion interior; durante el tiempo que allí estuvo, sus miembros expuestos en absoluta inmovilidad á la accion del rocío de la mañana, se entumecieron y se sintió luego quebrantado: no sufrió en realidad daño mayor aunque le puso un momento en peligro de muerte. Bastaron, pues, el calor del lecho y el sosiego de algunas horas para rehacer su robusta naturaleza, en términos que ni aun le costó gran trabajo el convencer á su buena madre de que estaba completamente bueno y en disposicion de salir á la calle sin aguardar la segunda visita que había prometido para la noche el estudiante de medicina.

Cuando éste no quiso aceptar el encargo que le hizo Martin, recordaremos que nuestro jóven quedó con su propósito asimismo firme en el ánimo, limitándose á pedir á su amigo que procurase cuánto ántes sacarle del lecho.

No tenía Martin otro afán, y así se comprende que se lanzara á la calle apenas sintió que las fuerzas físicas secundarian los impulsos de la voluntad.

El amor propio herido, preocupado el pensamiento por la idea de vengar lo que consideraba como una ofensa depresiva y humillante, ansioso por levantarse sobre el hombre que le había derribado á sus piés, no era posible que en momentos tales evocara la mente otras memorias ni oyera el corazón la voz de otros sentimientos.

Así pasó por debajo de los balcones de Gabriela sin tener una mirada siquiera para la triste que se ahogaba de pena sin comprender la causa de conducta tan extraña.

Martin se dirigió rectamente á la plaza Real y subió al restaurant de Justin.

Preguntó en el mostrador por Roger.

—Acaba de entrar y lo hallará usted con don Narciso Vilafranca en ese segundo gabinete, respondió el encargado, señalando una de las piezas reservadas que se hallan pasando por el jardín al comedor principal.

Narciso Vilafranca era, segun hemos oído al estudiante de medicina, el tipo del *Narciso* de la fábula.

De figura demasiado bella para hombre, y tan necio

como hermoso, vivía enamorado de sí mismo, y su principal cuidado era el de su persona.

A primera vista causaba en realidad deslumbrante efecto á las mujeres, porque además vestía con gusto; pero desaparecía luego esa ilusion al notar su pulcritud extremada que revelaba lo afeminado del carácter, circunstancia poco á propósito para dominar el ánimo de una mujer; y sobre todo le hacían perder el ascendiente un momento ganado, su presuncion y el ningun talento de sus conversaciones.

Hijo de un fabricante de mediana fortuna, sus instintos de lujo y pujos aristocráticos luchaban constantemente con su clase y la falta de mayores medios para figurar en más superiores círculos.

Otra condicion debemos hacer notar: efecto tal vez de que su bolsillo particular bastaba apenas á las exigencias del brillo exterior de su persona, Narciso aparecía siempre mezquino y miserable al lado de sus más modestos y ménos pródigos amigos.

Tipo del todo distinto era Roger. Parecía nacido para derrochar la gran fortuna heredada de su padre, que producía una renta líquida de dos millones.

Sin necesidad de tocar al capital, disponía, pues, el rico huérfano de unos trescientos duros diarios para sus gastos; pero éstos eran tales que excedían de aquella suma, mermando considerablemente todos los años su patrimonio.

Roger tenía gustos de príncipe: organizacion verdaderamente pródiga, hallaba en derramar el oro un placer tan grande como el avaro en recogerlo; en Barcelona su solo nombre hacia estremecer de entusiasmo á las mujeres, y era conocida su esplendidez hasta en Paris, que á menudo visitaba, rivalizando allí con esos calaveras del gran mundo que consumen, á veces en semanas, fortunas fabulosas, para hallar al cabo el general desprecio y una muerte miserable.

Martin pasó al aposento designado.

La mesa, cubierta de blanquísimos manteles, cuyo planchado formaba caprichosos y bien entendidos dibujos; el ramo de hermosas flores naturales que coronaba un elegante centro de cristal y plata lleno de ricos dulces y exquisitas frutas primerizas; las botellas de vinos distintos de exorbitante precio que se veían en el *buffet*; todo decia que los comensales eran gente que sabía gastar la plata, al par que su actitud indiferente revelaba la costumbre de esos goces que sólo á fuerza de dinero se logran en la vida.

Roger se había sentado, y mientras el camarero traía la sopa, examinaba una fotografia de tarjeta, retrato al natural de una célebre funámbula que á la sazón traía á mal traer á la juventud galante de Barcelona, con una dedicatoria en francés al respaldo, que traducida al castellano decia: *A mi amigo íntimo, el hidalgo y simpático jóven Rogelio Roger*.

Narciso Vilafranca estaba delante de un espejo arreglando las guías de su lustroso bigote y quitando luego con la limpia afilada uña del dedo meñique una ligera mota que había parado en la pechera blanquísima de su camisa de batista.

Entró Martin, y Roger le alargó al momento la tarjeta, diciendo en tono de triunfo:

—Con lo que al respaldo se expresa...

Martin leyó.

—Segun eso...

—Pues... respondió Roger con ancha satisfaccion.

—No me gusta esa mujer, dijo entonces con su voz suave y meliflua Narciso, sin dejar de mirarse al espejo.

—Se comprende, contestó Roger: prendado de Antia Ribera, ninguna otra...



CRACOVIANA.

(Véase la página 95).

—¡Pobrecilla! interrumpió Martín.

—Pues te participo que ese anda hoy bebiendo los vientos por ella.

—Lo cual no sé qué tenga de particular, dijo entonces Narciso, sentándose á la mesa y sacudiendo ántes con el pañuelo el asiento y el respaldo de la silla: no es una belleza de primer orden, añadió.

—Ni de segundo, ni de tercero, replicó Roger.

—Eso depende del cómo y según el fin con que se mire una mujer.

—¡Ah! si tú vas con buen fin... es otra cosa, y entonces digo que no por eso me parece menos fea, profirió Roger riéndose.

Martín había quedado silencioso y apenas parecía oír lo que se hablaba.

—No se puede hablar aquí de nada serio, dijo con cierta gravedad Narciso.

—¿Pero es de veras que te gusta esa chica?

—Que de veras la amo, es lo que confieso aquí con franqueza.

Roger quedó mirando al almibarado Vilafranca y profirió luego:

—Querido Narciso, veo en tí síntomas de un talento que no te conocía.

Narciso se irguió un poco.

—Pero, observó Roger, ya has pensado en que el señor Ribera tiene un genio muy especial, que Anita y su madre viven como no corresponde á su fortuna inmensa, lo cual hace temer que la dote corresponda á su avaricia...

—Yo la amo por lo que en sí vale, y prescindo de otras esperanzas: la quiero y de todos modos me casaré con ella.

—¡Ah! tú te casarás con ella de todos modos... Querido Narciso, tienes más talento del que yo creía...

—Y tú una malicia que me ofende... respondió sin ofenderse Vilafranca.

—¿Comes con nosotros, Martín? preguntó á éste Roger.

—Tengo necesidad, aunque poquísimo apetito.

—Don Rogelio, dijo entonces el camarero que ya empezaba á servir la sopa: hoy se han recibido vinos...

—Ya era hora.

—Y creo que alguno le satisfará á usted.

—¿Conque vamos á hablar un rato seriamente? profirió Martín.

—Veo que hoy son todos asuntos serios, dijo Roger.

—El que yo traigo no puede serlo más, y celebro haber hallado aquí á éste, porque de vosotros dos necesito.

—Ya estoy yo interesado en saber de qué se trata: el tono anuncia algo grave, observó Narciso.

Y dirigiéndose seguidamente al mozo, añadió:

—Oye tú: hablabas ántes de vinos: ¿tenemos Borgoña?

—Sí, señor, y Borgoña Pomar.

—¿O sea siete duros la botella?

—Pida usted y beba, y no sea ordinario, profirió rumbosamente Roger que era el anfitrión y para el cual se ponía allí la misma mesa todos los días.

El camarero destapó y escanció del rico vino en las copas.

—Comprendo que sea este el vino preferido en las mesas de príncipes y reyes, dijo arregostándose Narciso Vilafranca.

Martín bebió indiferentemente.

Aprovechando el primer claro que dejó luego el camarero, refirió en breves palabras el lance de la pasada noche.

—Conque Lorenza... dijo Narciso Vilafranca mirando con envidia á Martín, y visiblemente mortificado por el

favor que había éste merecido de aquella mujer tan soberbiamente bella.

—Ya ves, le dijo Roger acabando de mortificarle: vale más llegar á tiempo que rondar un año. Tú has estado haciéndole la rueda meses y meses, y llega éste...

—Y logra la fortuna en un día: qué quieres; ha tenido más suerte ó más habilidad que yo, respondió Vilafranca despechado.

Abrióse la puerta del gabinete y apareció Víctor Salazar.

—Adios, Hipócrates, exclamó Narciso.

—Adios, Cupido, contestó sarcásticamente el estudiante de medicina: estás cada día más bello y más interesante.

—Lo cual no obsta, para que éste se la juegue de puño... profirió Roger.

—Arrieros somos y hemos de encontrarnos, dijo Narciso, en cuyas blancas mejillas se habían pintado dos rosas que envidiara más de una mujer para su rostro.

Roger invitó á Salazar, pero éste no aceptó más que el asiento.

—Prosigamos, dijo luego aquel á Martín: estábamos en el momento en que te levantaste de la vía.

—Ya no hay más. Yo me sentí tan molido que apenas podía moverme y no tuve entonces aliento más que para irme á casa. Gracias á Víctor me he repuesto en ese breve tiempo, y he salido ahora.

—Habrá tenido que ver luego la escena del otro con Lorenza, profirió Roger.

—Pseh... quién sabe... replicó con desprecio Salazar: ni á él ha debido asombrarle tanto ni habrá faltado á ella un recurso para conjurar la tormenta. Quizá son ahora más amigos que ántes.

Esta observación mortificó á Martín, que dijo:

—Tú aplicas á todo el mismo criterio.

—A todo lo que pertenece á un mismo orden y obedece á unas mismas leyes, repuso el estudiante de medicina: y aquí lo raro sería que la cosa trajera serias consecuencias como si hubiera pasado entre gente distinta y afectara otro género de sentimiento con la buena opinión y la honra.

Salazar comenzaba así á colocar la cuestión en terreno favorable para combatir los intentos que abrigaba Martín.

—Repito, replicó éste, que ese es tu criterio; y como el mío es distinto, de la propia manera que mi interés, que no puede ser más personal ni más vivo en este asunto, te participo desde ahora que voy á llevarlo como yo creo que debo hacerlo.

—Perfectamente; pero eso no impide el que yo manifieste mi opinión y diga que vas á cometer un solemne disparate.

—La verdad es, profirió Roger, que el suceso se presta á varias apreciaciones.

—Te equivocas, respondió Martín: bajo el punto de vista personal mío no tiene más que una faz: ese hombre me acometió de una manera indigna, y aprovechándose de mi desvanecimiento, se arrojó sobre mí como un miserable y me despojó, me robó materialmente. ¿Y crees tú que he de pasar yo por ello, que no he de castigar su acción infame?

—¡Cuidado que es grande! ¿Y tú crees que la acción tuya no significa nada, que es acto tan franco y leal el introducirte furtivamente de noche, aprovechando su ausencia, en una morada que es suya, la morada de sus amores, haciendo tuya la mujer, tan rodeada por él de cuidados y atenciones? ¿O te figuras que el hombre había de quedarte obligado todavía y reconocido? repuso el estudiante de medicina.

—Seguramente, dijo Roger soltando la risa.

Narciso se rió también, pero de mala gana.

Martin persistía en su manera de ver y sentir.

El sesgo que daba Salazar al asunto no lograba cambiar el ánimo de Martin vivamente herido.

—En fin, concluyó éste, como la cosa no es ni puede ser para mí de risa, voy á decir á mis amigos la última palabra sobre esta cuestión: yo debo llamar á ese hombre al terreno de los caballeros; estoy resuelto á ello, y he venido á buscar á Rogelio Roger y á Narciso Vilafranca para que me apadrinen y le vean en mi nombre.

—Por mi parte no puedo desoir lo que es un deber ineludible de amistad, respondió el primero Narciso.

—Gracias. ¿Y tú? preguntó Martin á Roger.

—Yo, si lo has pensado ya tanto y tan decidido te hallas, estoy también á tu disposición.

—Veo que no he nacido, profirió entonces Salazar, para sentir en tan supremo grado el afecto de la amistad; y como un amigo tan tibio es una figura que se despega de este cuadro de sentimientos tan caballerescos y sublimes, dejo á ustedes.

—¡Victor! exclamó Roger; no lo permito. ¡No faltaba otra cosa sino que lo tomaras tú ahora por ese lado! Te ruego que te sientes, te lo suplico... hazme ese favor.

Salazar accedió, abrigando una vaga esperanza.

El camarero puso sobre la mesa un faisán precioso, con tal arte dispuesto, que nadie dijera á primera vista que hubiesen tocado manos á su dorado plumaje.

El ave llamó por un momento y distrajo la atención del asunto que se discutía.

Acompañó al exquisito plato una botella de un nuevo vino que enseñó el camarero á Roger, diciéndole en tono de consulta oficiosa:

—Tokai...

—¡Tokai! repitió Roger con entusiasmo: ¡ya lo creo!

—¡A ver, á ver! dijo Narciso alargando la mano y tomando de las del mozo la botella.

Y examinándola como un objeto raro, añadió:

—¿Y esto vale treinta y cinco duros?

El camarero respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Ya pareció el mercader contando por ochavos, dijo Roger: no hay forma de civilizar á este chico.

En un abrir y cerrar de ojos la experta mano del sirviente despojó al ave de sus naturales galas, y Roger sirvió por sí mismo á Salazar, que no pudo menos de admitir el obsequio.

—Está exquisito, profirió Narciso Vilafranca.

—Verdaderamente, añadió Roger, no se hace mejor en Périgueux ni en Périgord. Darás mis plácemes á Mr. Justin, repuso dirigiéndose al camarero. Si hubiese otro como éste...

—Pues creo que lo hay, respondió el mozo.

—Anda á verlo y que me lo reserven entonces.

—¿Conque vosotros vais á ver en seguida á ese sujeto?... insistió Martin volviendo á su asunto; porque no cosa para demorarse.

Sin embargo, profirió Salazar, yo creo que antes eran examinar éstos si hay motivo verdadero para ello.

—Mira, Víctor; voy á pedirte un favor, respondió súbitamente Martin.

—¿Qué no me metá en esa cuestión?

—Siento tener que suplicártelo...

—Y yo siento no poder acceder á ello.

Martin miró seriamente á su amigo.

Este sostuvo sin alterarse la mirada y añadió:

—No entiendo así la amistad, y la practico como la entiendo. ¿Qué quieres? No veo para un desafío razon

alguna de tu parte, y ese hombre la tuvo para algo más de lo que hizo.

—Está bien. ¿Vosotros estais en irle á ver hoy mismo? respondió Martin dejando á Salazar y dirigiéndose á Roger y á Vilafranca.

—Lo hemos dicho ya, contestó éste.

Roger afirmó lo mismo con un movimiento de cabeza. Salazar vió perdida toda esperanza de arreglo.

—Vaya, adios, señores, dijo levantándose.

—¿Te vas por fin? profirió Roger.

—No quiero que parezca que soy cómplice en una barbaridad como esa, y os dejo la gloria por entero á vosotros.

Salazar salió.

—Es un ave-fria que no se altera por nada ni comprende tampoco ciertas situaciones, profirió Martin.

Y continuó la comida, y siguió la conversacion ya des-
embarazada acerca del desafío.

Al terminar, pidió Roger el plato que habia mandado se le reservara y dijo al camarero:

—Lo llevas con una botella de tokai al pasco de Gracia, á casa de la señorita Eugenia: ya sabes...

—Sí, ya sé. Voy volando.

Los tres amigos abandonaron el restaurant despidiéndose Martin en la plaza Real y dirigiéndose Roger y Vilafranca á cumplir con su encargo.

ANTONIO DE PÁDUA.

(Continuará).

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO III.

Cómo se procuró luz la cigarra.

Desapareció la cigarra siguiendo el pasillo que habíamos recorrido, y al quedarme solo preguntábame cómo se las compondría mi parienta para iluminar su casa. Larga fué la espera; por fin me pareció que las paredes del corredor tomaban un tinte azulado, fenómeno que se hizo más visible poco á poco, no tardando en aparecer la cigarra seguida de una lucecita centellante.

—¡Vaya! exclamé, ¡una luciérnaga!

—¡Silencio! me dijo al oído mi prima; llámale Lampiro, pues tal vez se ofendería si le dabas nombre más modesto. Y añadió en voz alta:—Tengo el gusto de presentarte, lindo primo, á uno de mis mejores amigos, que para darte gusto ha abandonado sus quehaceres. Aunque vieja, todavía acuden á mi mente ideas luminosas. Trabad amistad los dos, que yo entretanto visitaré la despensa: creo que tendreis apetito.

Y volviendo á hablarme al oído la cigarra, me dijo:—No hagas caso de sus maneras hombruñas; Lampiro es una hembra como yo, pero no sé por qué, tiene empeño en disimularlo. Finge, pues, que no lo sabes.

Dicho esto desapareció de nuevo. Dirigí algunas frases corteses á la luciérnaga, que me contestó con la misma afabilidad, de lo cual deduje que no era un sér vulgar, antes bien estaba acostumbrada al trato social. Sus distinguidas maneras, cierta expresion melancólica pintada en su rostro, su muy digna actitud, todo prevenia en favor suyo. En el acto me inspiró viva simpatía aquel insecto, y me pareció notar que á la luciérnaga tampoco le desagradaba mi trato.

Sin embargo, no queriendo desairar á mi prima ni

pecar de indiscreto á los ojos del llamado Lampiro, respeté su incógnito.

Luego entablamos conversacion, hablando de lo que se acostumbra entre gentes que se ven por vez primera.

Noté que Lampiro no me hizo ninguna pregunta, por lo que no pude ménos de admirar su discrecion.

Entretanto, mi prima revolvía la casa para darnos de cenar. De un hoyo que hacia las veces de despensa, sacó diferentes objetos y los fué colocando en el centro del comedor. Como empezaba á tener ahilos de estómago, no fué poca mi satisfaccion al ver preparadas varias larvas de salton y de gorgojo, producto de su caza, á más de cierta cosa pardusca que en los primeros momentos no pude distinguir lo que era.

—Acercaos, amigos, y comed: frescas y delicadas son las provisiones. Os recomiendo especialmente estas larvas de salton, pues es bocado exquisito.

Por mi parte no me hice de rogar. Durante algunos instantes nadie se cuidó de hablar, sino de mascar. De vez en cuando llegaba hasta nosotros el retumbo del trueno, aunque algo confuso, gracias á la capa de tierra que nos separaba del plan terreno. Tambien se distinguía el ruido producido por la lluvia al caer sobre los fresales, y en mi interior felicitábame de la buena fortuna que me había deparado la casualidad, procurándome tan á propósito agradable y hospitalario albergue. Además de aquellos ruidos, que sabia perfectamente de dónde provenian, llegaba á mis oídos otro rumor que empezaba á inquietarme. Era una especie de zumbido bastante pertinaz, parecido al de la lluvia, pero más sordo, y que dijérase salía de las entrañas de la tierra, á corta distancia de nosotros. Disponíame á interrogar á la cigarra, cuando ésta levantó la cabeza y nos indicó que siguiéramos callados. Creí notar que escuchaba el ruido que acababa de llamarme la atencion, por lo que la interrogué con los ojos indicándola el punto subterráneo de dónde al parecer procedía.

—No, dijo al poco rato; otra cosa estaba escuchando. El ruido que te alarma, primo mio, procede de un avispero que tenemos á nuestro lado.

—¡Un avispero! Entonces no nos hallamos seguros aquí.

—Tranquilízate, hijo; las avispas están en su casa y nosotros en la nuestra, no habiendo ninguna comunicacion entre ambas. A no ser que vayamos en su busca, de lo cual nos guardaremos muy bien, nada tenemos que temer.

—Me ha parecido veros inquieta, prima.

—Sí, por distinto motivo de lo que tú crees; pero fué una ilusion mia. Hubiera jurado que habia oido un topo.

—¿Topo decís? ¿Acaso viven topes en la vecindad?

—Me lo temo: pero prosigamos nuestra cena. El peligro más próximo que nos amenaza, á mi entender, es una inundacion. Si esto sucedia, tendríamos que abandonar nuestro albergue sin pérdida de momento.

Temerosos de ello, no tardamos en poner término á nuestra cena. En mi interior pensaba que yo habia echado mis cuentas sin contar con la huésped, pues la

morada de mi prima la cigarra no ofrecía tanta seguridad como me imaginara; el peligro que corriamos, si bien distinto de los que me asaltaron poco ántes, no dejaba de ser muy serio. Semejantes reflexiones me lle-

varon á otros tiempos, á aquellos dias deslizados para mí en la indolencia; despues pensé en las desavenencias que habia tenido con mis hermanos, en el horrible acontecimiento que diera al traste con mi existencia hasta entónces tan tranquila, tan pacífica y uniforme; en los diversos incidentes de la noche que iba trascurriendo, y en lo que me sobrevendría en el camino de aventuras á que el destino habíame empujado.

—Eres soñador, lindo

primo. ¿Acaso tu corazoncito?... Vamos, desecha toda idea triste. ¿Tienes todavía apetito? Si no estuviese tan adelantada la estacion, te ofrecería algunas fresas. Pero hé aquí una araña, cómetela; es bocado que no debe desdeñarse.

Y al decir esto la cigarra, atrajo hácia sí y me lo puso delante, un objeto pardusco que no habia reconocido al principio y que efectivamente era una araña.



—Gracias, la dije, estoy satisfecho. Pero me agradaría saber cómo os las componeis para procuraros las arañas: la que tengo delante es del género de las epeiras, cuya existencia se desliza sobre los árboles,

y no creo que hayais ido á buscarla en semejante sitio.

—No por cierto; á esta la encontré enterrada.

—¡Cómo enterrada! ¿Y qué hacia entre la tierra?

—¡Toma! ¡alguno la habria puesto donde yo la hallé!

—¿Os reis de mí, prima?

—¿Desde cuando acá las arañas entierran sus muertos?

—En primer lugar, la araña que estás viendo no ha muerto; y luego, no fueron sus hermanas quienes la enterraron.

—¿Está viva esta araña?

—¡Qué duda cabe! Sólo se encuentra paralizada; un esfexo la picó y enterró. Pregúntaselo á Lampiro, que te sabrá dar razón.

El aludido inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Encarándome nuevamente con mi prima, la rogué que me explicase aquel misterio.

—¡Qué misterio ni qué calabazas! me contestó. ¿Conoces tú los icneumones?

—Sí, he visto varios. Son unos insectos alados, muy esbeltos, pintorreados de negro y encarnado. Hasta recuerdo que en mi niñez fui advertido de que debía desconfiar de ellos, y en verdad jamás he

sabido por qué. Despues he olvidado semejante aviso, pues nunca he tenido que quejarme de tales insectos.

—¡Vaya! esto lo debes á tu coraza. Tampoco yo les temo; pero no pueden decir otro tanto aquellos que no

tienen el cuerpo pertrechado como nosotros. Has de saber que los icneumones, á lo ménos las hembras, hacen encarnizada guerra á todos los insectos sin distincion. Los

hay de diferentes tamaños y colores; muchos, como tú dices, están pintorreados de negro y encarnado; los grandes, tales como las pimplas, buscan las orugas y las larvas de buen tamaño; los pequeños, es, á saber, las alisias, las prilas, los proctotrupios, van siempre á caza de pulgones y de larvas pequeñas. Ten presente que no los devoran; búscanlos sí para depositar los huevos en su cuerpo, cuya operacion practican hiriéndolos con una especie de dardo de que están provistos. Los gusanillos que salen de los huevos, introducéndose bajo la piel de su víctima, á la que roen viva.

—¡Qué horror!

—Imposible imaginarse la cantidad de insectos á que dan muerte los icneumones, sobre todo orugas, su presa predilecta.

—¡Y vaya una muerte más rabiosa! Pero no veo que relacion...

—Vas á saberlo. Los mentados esfexos, los crabrones,

los pompilos y los filantos tienen parentesco con los icneumones; como éstos, ponen sus huevos sobre el cuerpo de otros insectos, pero ántes de proceder á tal operacion los paralizan, inoculándoles una ponzoña que



LOS FUGITIVOS. — (Véase la página 96.)

les entorpece sin causarles la muerte; luego los enterran. Su objeto es impedir que las víctimas que eligen puedan, mientras se abre el huevo y nace la larva que ha de devorarlas, librarse de su triste suerte.

—Ahora voy comprendiendo. Siquiera no proceden tan cruelmente como los icneumones; aletargadas sus víctimas, no sufren.

—¡Ilusion! exclamó la luciérnaga; aunque paralizadas é incapaces de moverse, no han perdido por esto completamente su sensibilidad; todavía están en relación con las cosas externas. Aquí donde me veis, he sido víctima de un esfexo.

—¡Bah!

—Como lo oís.

—Nadie lo diría.

—¿Verdad que no? Pero esto lo debo á una circunstancia del todo excepcional.

—Contadnos el caso, amiguito.

—Con mil amores. Era, si no me equivoco, á fines del mes próximo pasado. Habiendo cierta mañana abandonado el pedrusco que me abrigaba durante el día, dirigí mis pasos hácia la verde yerba, cuando de repente siento una punzada en el lomo, y levantando los ojos veo un esfexo revoloteando sobre mi cabeza. Pocas reflexiones tuve lugar de hacer tocante al accidente de que acababa de ser víctima, pues en el acto caí en estado de absoluta postración, siéndome imposible moverme. Entorpecido como me hallaba, el insecto me enterró junto con una araña y una oruga. Los tres teníamos un huevo pegado á la piel, y por mi parte sabía perfectamente que de aquel huevo saldría una larva que se alimentaría con mi propia sustancia. La situación no era risueña que digamos. Mi lamparilla arrojaba débil luz en el sepulcro donde yacía al lado de mis compañeras de infortunio, las cuales sabían tan bien como yo la suerte que les estaba reservada: entrambas me lo demostraban con los ojos, único sentido por el que nos comunicábamos nuestros pensamientos. Estos, puedo asegurarlos, eran muy tristes. Trascurrieron así algunos días, días de congoja indecible, que no puedo recordar sin estremecerme de pies á cabeza; luego ví abrirse poco á poco el huevo depositado en el cuerpo de mis compañeras, acabando por salir de él repugnante gusano, que se introdujo bajo su piel. Los ojos de las infelices reflejaban el horror y los sufrimientos de que estaban poseídas; pero, al igual que yo, érales imposible moverse. Debiéndome caber idéntica suerte, fijé la vista en el huevo que tenía sobre mí, pareciéndome á cada momento que se abría y que el asqueroso bicho asomaba la cabeza. A veces hubiera jurado que aumentaba su tamaño extraordinariamente y que me aplastaba bajo su peso; otras parecía que me achicharraba el cuerpo, pues en el sitio donde estaba pegado sentía agudo é insoportable dolor. Hubiera bastado el menor movimiento para librarme del importuno, y sin embargo, me era imposible hacerlo. El huevo no estaba aun abierto; mis sufrimientos eran, pues, morales, resultado de mi imaginación vivamente sobreexcitada, sin que por eso dejasen de ser menos crueles. A tal punto llegó su agudeza que me desmayé. ¿Cuánto tiempo permanecí en semejante estado? Hé aquí lo que no sabré decirlo. Al recobrar mis sentidos, la situación no había cambiado gran cosa; los cadáveres de mis compañeras, medio devorados, exhalaban un olor infecto; mi lamparilla todavía producía débil luz, y mi huevo, intacto, pegado á mi cuerpo como ántes, no se había abierto. Maquinalmente hice un esfuerzo para arrojarlo lejos de mí, y ¡oh sorpresa! Mis miembros acababan de desentumecerse; el huevo había rodado á alguna distancia...

—De un salto, dijo la cigarra prosiguiendo el relato

de Lampiro, nuestro compañero se puso en pié; merced á un nuevo esfuerzo se hundió en la tierra movable que constituía las paredes del sepulcro, no tardando en abrirse paso hasta la superficie del suelo. ¡Estaba en salvo! Podeis jactaros de haberos librado de un gran peligro, amigo; vuestro huevo era malo... no para vos, muy al contrario. ¿Comprendes ahora, lindo primo?

—Perfectamente bien. Así pues, esa araña...

—Un esfexo la ha herido, como á nuestro amigo Lampiro.

—¿Y carga con su huevo?

—Qué duda cabe. Mírale entre sus patas delanteras.

En efecto, allí estaba. Al verlo la luciérnaga, se precipitó sobre él y lo trituró entre sus mandíbulas con verdadero furor. Al recordarle sus días infaustos el relato que acababa de hacernos, había reanimado el odio que profesaba á los esfexos y á su progenitura.

—¿Por ventura está en salvo ahora esa araña? pregunté.

—Sí por cierto.

—¿Y sacudirá su letargo?

—Indudablemente, ya que se ve libre del huevo del esfexo. Esto es cuestión de tiempo.

—¡Oh amigo Lampiro! Acabais de prestar un señalado servicio á ese animal, del que sin duda os quedará eternamente agradecido.

—¿Y crees tú, primito, objetó la cigarra, que yo no he contribuido á salvarle la vida? ¿Acaso no la he sacado de su tumba? A no ser por mí permanecería enterrada y se hubiese cumplido su triste destino.

—¡Vaya, amiga! repuse yo al oído de la cigarra. ¿Olvidais que há poco me la ofrecísteis para regalarme el estómago? Y lo peor es que la pobre araña ha oído nuestra conversacion.

—Tienes razón, no lo recordaba. Me dan ganas de hacerle terminar de una vez todas sus penas.

—¡No! perdonadla. Será tanta su felicidad al renacer, digámoslo así, que no os conservará ojeriza por vuestros propósitos. Además que, las arañas tienen menos delicadeza de sentimientos que eso. Estoy seguro que no se mostrará ofendida de vuestras pérdidas intenciones, tanto más cuanto que ella misma, á hallarse en vuestro lugar, hubiese pensado de idéntico modo.

—No digo que no, primo, no digo que no.

Luego empecé á examinar la araña que acabábamos de salvar. Estiréle las patas una tras otra, asegurándome de que habían conservado toda su flexibilidad. Asimismo noté que sus ojos estaban animadísimos, lo cual en un principio pasó inadvertido para mí. La araña en cuestión pertenecía á una de las especies grandes. Llévela arrastrando á un rincón de nuestra casa, y allí la dejé para que recobrara del todo los sentidos.

..

—Ahora que has satisfecho el apetito, díjome la cigarra, vas á contarnos tu historia. Mucho me agradaría conocer á qué debo la satisfacción de cobijarte bajo mi techo. ¿Eres mi vecino?

—No tanto. De mi morada hasta aquí he puesto una hora, si bien me he detenido: apretando el paso y sin parar, media hora me habría bastado para llegar á vuestra vivienda.

—¡Cómo! ¿has estado una hora entera rondando por esos mundos de Dios? Esto constituye un verdadero viaje. Yo suponía que ibas de paseo.

—No. Ahí donde me veis, soy un verdadero vagabundo falto de albergue.

—¡Pura chanza!

— Un fugitivo sin casa ni hogar.

— ¡ Un fugitivo! ¿ Y por qué?

— Es la verdad, pues abandoné mi casa para no volver á poner los piés nunca más en ella. Voy á participaros lo que me ha impulsado á dar un paso tan grave; pero fuerza es que tome las cosas de bastante lejos.

— Somos todo oídos.

Relaté fielmente los acontecimientos de mi existencia á la cigarra y á la luciérnaga, detallándoles los motivos que, encadenándose, me habían obligado á abandonar los patrios lares, así como las impresiones que asaltaron mi ánimo al dar el último adiós á mi morada, y los incidentes del camino hasta el instante en que la pata de mi prima, posándose sobre mi lomo, habíame llenado de espanto.

— Ahora, dije al terminar mi narracion, voy á ponerme en camino para buscar un sitio tranquilo en donde pueda establecerme; pero he de confesar que no sé á punto fijo qué direccion tomar.

— Por hoy no tortures tu imaginacion, repuso la cigarra; mañana será otro día. Mientras tanto vamos á descansar: la borrasca se ha disipado y ya no hay temor de una inundacion. Como es muy tarde para que regreséis á vuestra casa, amigo Lampiro, os invito á pasar aquí la noche.

La luciérnaga aceptó la invitacion. Confieso que no me desagradaba dormir algunas horas para recobrarme de



mis emociones y fatigas. Así pues, arreglóse cada cual lo mejor que pudo en su lecho, no tardando en reinar el más profundo silencio en la morada de la cigarra.

Traducido del francés por
MARIANO BLANCH.

(Continuará).

EL ARTE EN LA CASA,

POR

D. F. MIQUEL Y BADÍA.

(CONTINUACION).

Por contrario sentido á lo que llevamos hasta ahora expuesto, sucede que el lujo sale mucho más caro que en épocas pasadas, durante las cuales se aplicaban con buen criterio los principios ciertos del Arte. Tomemos al acaso cualquiera de las casas ricas edificadas en pobla-

ciones que como Paris, Madrid, Barcelona, cuentan en su seno elementos para llevar á cabo obras sólidas y de artístico carácter. ¿Qué se presenta á la vista del observador curioso? Techos con molduras de mejor ó peor dibujo, con nervios delicadísimos, con flores de relieve de primor incomparable, con hojas que igualan en delgadeza las naturales, y todo esto pintado por mano habilísima, miniaturado casi, realzado con dorados, plateados, imitaciones de bronce y metal oxidado, etc., etc., en suma, un caudal de riqueza y un caudal mayor de tiempo empleado en la realizacion del proyecto arquitectónico. ¿Qué vida han de tener todos esos primores? Téngase en cuenta que han sido vaciados en yeso, materia frágil en grado superlativo y que resiste poquísimos años y se desmorona al más pequeño percance; téngase en cuenta que las miniaturas allí pintadas y que parecen adrede hechas para herosear un abanico ó figurar en el album de una dama elegante, colocadas á una altura que dificulta ó imposibilita apreciar bien su labor prolija, que todos esos tesoros de tiempo y de destreza pictórica han de estar expuestos á la influencia del aire húmedo que altera y menoscaba en breve los colores, á la luz que los chupa en brevísimo tiempo, y más que á todo esto al humo de las luces de gas, del cigarro, de las chimeneas que en corto número de años hacen desaparecer las delicadezas del pincel, borran luego ciertas líneas del dibujo y acaban por confundirlo todo en una tinta neutra, bien conocida de cuantos frecuentan cafés, teatros y sitios en los cuales semejantes influencias se experimentan de un modo marcadísimo. De suerte que por un lado conspira contra la solidez y permanencia de la obra la fragilidad del material empleado, y por otra, aun admitiendo el empleo de éste, admirable á veces por ejemplo en los atauriques arábigos, conspira á aquel fin la influencia de los varios agentes destructores que se ceban en trabajos tan finos y remirados como los que muy equivocadamente se ponen en partes de la habitacion, en las cuales deberia atenderse más á realzar su carácter arquitectónico. Que esta clase de labor en los techos sale cara, se deduce del gasto que naturalmente lleva la ejecucion de excelentes trabajos pictóricos; y como su resistencia es poca, como es seguro que á los veinte y cinco años, pongamos por caso, ha de hallarse muy derrotada haciendo precisa su restauracion, si no la renovacion completa, de ahí que todo cuanto hemos apuntado al enumerar las ventajas artísticas y económicas del antiguo sillón de cuero de Córdoba sobre los sillones de mucha planta y poca uva que en el día se construyen, sea del todo aplicable á la generalidad de los techos lujosos modernos sobre los que se conservan aun en antiguas moradas y que deberian ser imitados en beneficio del Arte y de la propiedad urbana. No discutiremos en este momento si un techo que acuse las vigas de la construccion, subdivididos los espacios intermedios por plafones á modo de artesonado, habria de resultar más costoso que otro realizado conforme al procedimiento que dejamos descrito. Demos por sentado que haya de costar doble el primero que este último y aun así obtendremos beneficio positivo para el propietario y para la persona que se sirva de la habitacion. ¿Es cosa de comparar siquiera la duracion de un techo con las vigas decoradas de la manera más simple posible, que no excluye la elegancia, del color mismo de la madera, si ésta lo permite, ó bañada sólo con alguna preparacion colorida que resista bien las inclemencias de los años, de comparar, repetimos, la duracion de un techo de esta suerte con otro en yeso, muy pulcro, muy bonito y lleno de monadas y tonterías? ¿Y cuánto ménos puede verificarse esta comparacion entre un artesonado de rica madera de cedro ó

nogal y un techo lleno de pinturas miniaturadas con sin igual talento si se quiere y que recuerdan á veces el loco capricho de una dama que en los tacones de sus botitas mandó pintar al óleo, por artista de gran nombradía, geniecillos entre grupos de flores y hojarasca? Léjos de dañar los años á los artesonados contruidos con maderas más ó ménos ricas, contribuyen por el contrario á imprimirles un color más entonado, más grato á los ojos y al sentimiento estético, especie de patina que, al igual de la verde en los grandes bronceos romanos, constituye á la vez un mérito no pequeño y su mayor atractivo. Quien haya visitado Toledo, Valencia y muchas otras monumentales ciudades de España; quien recuerde entre otros varios ejemplos que podrian citarse los preciosísimos artesones del Salon de Córtes y de otras piezas de la actual Audiencia en la segunda de las mentadas ciudades; quien, en Barcelona, haya parado mientes en la aristocrática lucerna de la escalera del Real Archivo de la Corona de Aragón y en otras obras similares que por fortuna se conservan todavía en edificios públicos y privados, hará buenos con su aprobacion los asertos que hemos estampado anteriormente y proclamará á la vez que el Arte por un lado y la Economía por otro demandan la vuelta á las tradiciones de pasados siglos, introduciendo en ellas cuantas mejoras y cuantos adelantos coloca en la mano del artista y del artífice la industria y sobre todo la mecánica del siglo XIX. Extendernos más sobre el particular, no es cosa de estos momentos, en los cuales nos proponemos únicamente consignar algunas ideas generales que, con la ayuda de Dios y con la buena voluntad de los editores del EL MUNDO ILUSTRADO, desarrollaremos más adelante con la mayor amplitud posible y con dibujos que completen y sobre todo aclaren la insuficiencia y oscuridad de nuestra prosa. Entonces aplicaremos también á las puertas, paredes, etc., de las habitaciones, algo y aun mucho de lo que hemos escrito acerca de los techos, exponiendo además, para ilustracion de la generalidad de nuestros lectores, antecedentes y noticias entresacados de los pueblos que han brillado en primera fila en la historia del Arte; antecedentes y noticias que conviene difundir entre todas las clases sociales y que hoy son en España patrimonio exclusivo de personas dedicadas á carreras artísticas, y de algunas pocas más que sin tener este carácter, sienten afición vivísima hácia todo cuanto á ellas se refiere.

A cuento vendrá entonces explicar porqué con fre-

cuencia unas colgaduras riquísimas deslucen una sala ó gabinete de buenas condiciones arquitectónicas. Hé aquí otro punto en el cual no siempre el lujo es buen consejero. Los cortinones y antepuertas ó *portieres* han de servir en primer lugar para el fin útil de cortar las corrientes de aire que se cuelan por los rendijas de puertas y ventanas, y por estas mismas aberturas cuando se hallan entreabiertas, así como para prestar una especie de servicio de cierre intermedio, que guarde de indiscretas miradas y no impida la circulacion del aire y

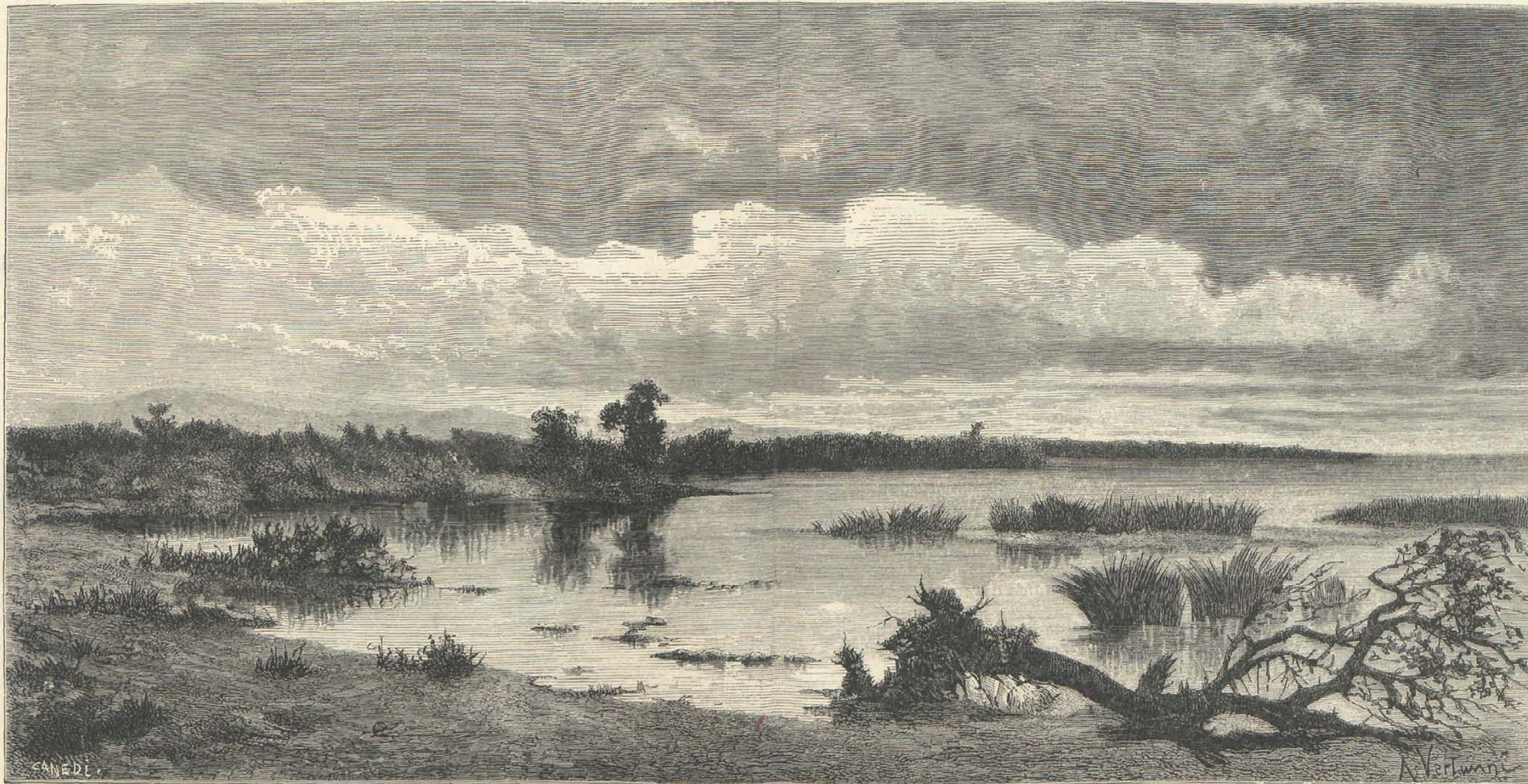
renovacion del ambiente. Los mismos cortinones y antepuertas sirven en segundo lugar para decorar la habitacion, vistiéndola, por decirlo así, y engalanándola como un ropon talar ó una holgada túnica visten y adornan á una matrona de escultórica figura. Si por su color, por lo enrevesado del dibujo, ó por el desentono que existe entre éste y el estilo más ó ménos caracterizado dominante en el salon ó camarín, se produce una falta de armonía ingrata á la vista y ofensiva para el buen gusto, ni la riqueza de las estofas salvará á las colgaduras, ni las cualidades artísticas del local aparecerán con la viveza con que resaltarían en el caso de que hubiese presidido en la eleccion de las telas más acordado juicio. Cuantas veces una tela de seda ó lana y de percal también, segun la posicion social del dueño, monócroma, sostenida por

sencillas abrazaderas de gruesos cordones, con bellotas en los cabos, de tono oscuro de la misma tinta de la tela, si éste es de entonacion clara ó viceversa, es preferible, de mejor gusto, más artística sin duda alguna que muchos rasos, *reps* ó percalinas rameadas, de colores chillones y discordantes y sobrado caras por añadidura. Si las madres de familia que poseen buen gusto instintivo y á las que les falta sólo educarlo, tener un guía que lo dirija, supieran las muchas combinaciones que se pueden obtener con relativa facilidad por

ta madre de familia para hallar un dibujo apropiado á la cortina? ¿no le será preciso acudir á alguno de los entendidos artistas que se ocupan en dibujar adornos de aquella clase? Tal vez deba hacerlo en alguna ocasion y probablemente de mucha utilidad le será consultarle ántes de comenzar la ejecucion de la obra; pero en la generalidad de los casos, en su propia habitacion encontrará los elementos indispensables para trazar un dibujo sencillo y elegante. Abundan hoy por fortuna los libros, periódicos ilustrados, colecciones de láminas en las cuales se encuentran motivos de ornamentacion de épocas diversísimas y de diferentes estilos, motivos dispuestos en ocasiones de tal modo que con mediana discrecion y un poquillo de destreza pueden arreglarse para el objeto en que se quiera emplearlos, si por acaso no le cuadran perfectamente. El arsenal es abundantísimo: se necesita sólo saber elegir en medio de sus inagotables materiales. Formarse el criterio para verificar la eleccion con acierto no es empresa inasequible, ántes al contrario á muy poca costa puede alcanzarse. Basta con fijar la atencion en algunos principios generales y recordar los motivos más típicos y bellos de los más celebrados estilos, conocimientos por desgracia muy poco difundidos en nuestra patria, en donde personas á quienes debería suponerse medianamente ilustradas, no saben distinguir un meandro griego de un calado ojival ó de un morisco ataurique.

Sentar aquellos principios de la manera ménos fastidiosa posible, charlar un poco sobre el camino ó caminos que han de seguirse para introducir *El Arte en la Casa* dentro de los alcances de los bolsillos de distintas jerarquías, y hacer notar siempre que venga ro-

dado, lo que hemos de admirar en los pasados siglos é imitar cuerdamente en el décimonono en que vivimos, será sujeto de una serie de capítulos que, Dios queriendo, y conforme hemos dicho ya, nos proponemos dar á luz en las páginas de esta publicacion, acompañando el texto con grabados, reproduccion de edificios, objetos suntuarios, fragmentos decorativos y todo cuanto sea pertinente á la mejor consecucion del referido propósito. Inglaterra y Alemania, naciones que se señalan por su espíritu práctico, dan hoy merecida importancia á esta clase de estudios y sobre todo á la propaganda de ellos en el seno del hogar doméstico, naciendo de ahí la publicacion diaria de obras excelentes, alguna de las cuales no dejaremos de citar más de una vez en el curso de nuestro proyectado trabajo. Bueno es, pues, que en España siga-



LAGUNAS PONTINAS. — Cuadro del pintor italiano Aquiles Vertunni.

(Véase la pág. 90).

medio de la sencilla superposicion de telas de distintos tonos de una misma tinta ó de colores bien combinados, renunciarían muchas veces al lujo de comprar en la tienda una colgadura completa con todos sus adminículos y se gozarian en arreglarla, cabe el hogar, dando hermoso ejemplo á sus hijos y criados, y realizando una de las más atractivas virtudes caseras de *La Perfecta Casada*. Una cortina de lana, rojo Van-Dick, azul marino, tórtola oscuro con cenefa de terciopelo recortado y cosido encima por el sistema que los franceses llaman de *appliques*, es sin disputa un objeto suntuario, artístico, que no puede hacer mala figura en ninguna habitacion y que ha de hacerla excelente en aquellas que se distinguen por la severidad del decorado. Se nos preguntará acaso en seguida: ¿cómo se las compondrá la hacendosa y discre-

mos las huellas de aquellas dos ilustradas naciones, y de Francia é Italia que tampoco se duermen sobre sus laureles, máxime cuando la península ibérica tiene en aquel particular un glorioso abolengo, un riquísimo tesoro, del que se pueden sacar continuamente elementos regeneradores que obren en *El Arte en la Casa* maravillas iguales á las que la varita de la hada obraba en el rústico pastor y en la zafia lugareña.

(Continuad.)

F. MIQUEL Y BADÍA.

FÍSICA,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

ALUMBRADO ELÉCTRICO.

(CONTINUACION.)

Vamos á abordar ahora la cuestion económica del alumbrado eléctrico.

La sociedad que se ha formado en Paris para la explotacion de la luz eléctrica y que lleva por título *Sociedad general de electricidad*, hace el siguiente cálculo comparativo entre el alumbrado público por el sistema Jablochhoff y el de gas, tomando como término de comparacion un alumbrado de 16 bujías eléctricas durante una hora:

1.º—Una bujía cuesta 0,75 pesetas y dura hora y media. El gasto para las 16 bujías por hora es de.	8	pesetas.
2.º—Para las 16 bujías se necesita una máquina de vapor de 18 caballos. Cada caballo consume por hora 2,5 kilogramos de hulla á 35 pesetas la tonelada de 1000 kilos. El gasto de combustible para los 18 caballos será por hora de.	1,57	»
3.º—Aceite y algodón ó trapos.	0,25	»
4.º—Salario del maquinista, por hora.	0,60	»
Total gasto por hora.	10,42	pesetas.

De modo que el alumbrado por las 16 bujías cuesta por hora 10,42 pesetas. ¿Qué cantidad de luz suponen las 16 bujías? Aquí está el punto más difícil de la comparacion, y se comprende que sin tener este dato toda comparacion es imposible. Las medidas fotométricas son difíciles de tomar, y así se explica la extraordinaria discordancia de los que las han hecho.

Para poder formar un juicio acertado, bueno será presentar aquí los resultados obtenidos por dos experimentadores.

La Sociedad general de electricidad asegura que la bujía Jablochhoff, á que se refiere el anterior cuadro, tiene una intensidad igual á la de 100 lámparas Carcel, ó sea á la de 100 mecheros del alumbrado público de Paris; de donde resulta que las 16 bujías eléctricas darán la misma cantidad de luz que 1600 mecheros-tipos.

Veamos lo que cuestan por hora 1600 mecheros-tipos de gas. Éstos consumen cada uno 140 litros de gas por hora, lo que supone entre todos un consumo de 224 metros de gas. Contando este fluido no á 15 céntimos de peseta el metro, que es como lo paga el ayuntamiento de Paris, sino á 30 céntimos, que es el precio del metro para los particulares, deduciremos que los 1600 mecheros-tipos de gas nos costarán por hora 67 pesetas.

Comparando el número 10,42, precio del alumbrado eléctrico, con el 67, precio del alumbrado igual por el gas, deduce la Sociedad general de electricidad, que el alumbrado Jablochhoff es seis veces más barato que el alumbrado por gas.

M. T. Lévy, ingeniero del municipio de Paris, solamente estima en 30 mecheros-tipos la luz de la bujía Jablochhoff, y si aceptamos su medida, resultaría que el alumbrado eléctrico por ella sale solamente á mitad del precio que el de gas.

Teniendo ahora en cuenta que el globo de vidrio opalino con que se recubren las bujías eléctricas para que no lastimen la vista, absorbe un tercio de la luz, y que los rayos que caen oblicuamente sobre el suelo tienen ménos intensidad que los horizontales á que se refieren las medidas fotométricas, creemos ponernos en lo justo diciendo: *Que el alumbrado público eléctrico por el sistema Jablochhoff, cuesta, hoy por hoy, lo mismo poco más ó ménos que el alumbrado por gas ardiendo en los actuales mecheros públicos, al precio que hoy lo pagan los consumidores particulares.*

Si echamos una ojeada al cuadro del presupuesto de gastos que presenta la Sociedad general de electricidad, veremos que el renglon más subido, es el gasto de bujías, ó sea el de las barritas de carbon; que éstas se cuentan á 0,75 pesetas cada una, lo cual es demasiado contar. Si arraiga el sistema, la bujía no podrá costar más de media peseta, y en este caso seria el alumbrado Jablochhoff más barato que el del gas.

Todo cuanto acabamos de decir sobre la cuestion económica del alumbrado eléctrico Jablochhoff en comparacion con el del gas, no es aplicable al alumbrado eléctrico por medio de reguladores. Parece indudable que á igualdad de fuerza motriz gastada, la luz eléctrica obtenida en el regulador, tiene más intensidad que la de la bujía eléctrica; y por otra parte, cuestan mucho ménos las barritas de carbon empleadas en el regulador, que la bujía. Estas ventajas de la luz eléctrica de regulador, no se han podido utilizar en las calles y plazas de Paris, porque el sistema no se presta á semejante instalacion; pero se han utilizado en los grandes locales de fábricas y talleres, obteniendo economía y aumento de luz.

Segun los experimentos y cálculos de M. Fontaine, el alumbrado de estos locales con las máquinas Gramme y reguladores, cuesta *once veces ménos que el alumbrado por gas, contando este fluido á 30 céntimos de peseta el metro.*

Nosotros no garantizamos este resultado; pero aun cuando hubiera que rebajar de ese aserto, no es posible dudar de la economía de la luz eléctrica en fábricas y talleres donde hay establecida fuerza motriz de vapor ó de agua.

Si consideramos que la fabricacion del gas ha llegado al parecer á su apogeo hace años; que no se vislumbra en ella medio alguno de progresar, aun cuando algo pueda adelantarse en la manera de quemar ese fluido, y que al contrario, el alumbrado por la electricidad está dando ahora sus primeros vagidos, comprenderemos que tienen sobrado fundamento las empresas de gas para preocuparse con ese recién nacido que la Sociedad de electricidad ha soltado tal vez prematuramente por las calles de Paris, y que todavía con chichonera empieza á hacer pinitos y á manifestar pujos de competencia. Ya comprenden, aunque no lo digan, que no es en modo alguno despreciable el enemigo que acaba de presentarse en la palestra, y que ostenta hoy su gallardía en más de trescientos puntos de Paris.

Y no sin razon pueden preocuparse. Todos los que somos viejos hemos visto cómo el gas fué primero desterrando al aceite de las principales calles y plazas, y de las tiendas y establecimientos de lujo: despues de los grandes salones y comedores: despues de las callejuelas y escaleras, dejándolo finalmente reducido á brillar tímidamente en las medianas y humildes moradas y en

las pequeñas poblaciones y aldeas. ¿Sufrirá el gas la misma derrota por parte de su naciente rival?

¡Quién sabe! No se ve fácil, por ahora, una derrota tan completa; pero es de temer que sienta algunas humillaciones, precisamente en los sitios en que con más orgullo se ostenta hoy.

FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(Continuad).

CRACOVIANA.

(Véase el grabado de las páginas 84 y 85).

Cosa es digna de notarse la afición que al atavío de su persona muestra el bello sexo, afición que bien dirigida sirve de estímulo para el orden doméstico.

La mujer, el más poderoso elemento de la cultura y civilización de los pueblos, es el sér destinado por el Creador para formar las generaciones que se van sucediendo, y aunque ahogada por la dura presión que sobre ella ejerce la dignidad de su sexo, uno de los principales atractivos con que cuenta para cautivar al hombre, es el traje. Dotada de natural elegancia y pulcritud, para realzar su belleza no necesita de sedas ni encajes; bástanle el percal y las telas más sencillas.

Fíjese sino el lector en el tipo de la cracoviana que hoy le ofrecemos, y estamos seguros de que cuando lo haya bien considerado, hará bueno nuestro aserto. Pañuelo colorado en la cabeza con adornos de granates; corpiño abierto por delante, pero abotonado en parte y engalanado con borlitas; delantal de color á rayas, y encima de todo esto una especie de saco sin abrochar. Un vistoso collar y unos modestos pendientes, además de los citados adornos de la cabeza, son las únicas joyas que ostenta la hija de Cracovia.

¡Cuán bella y embelesadora se nos presenta esta mujer con su típico traje!

Diremos, para concluir, que nuestro grabado pertenece á la galería de trajes de mujeres de todos los países formada por el inteligente alemán F. Hansstängel, en cuya galería no será esta la última vez que espigemos, persuadidos de que nuestros favorecedores nos lo han de agradecer.—B.

UNA SORPRESA.

(Véase el grabado de la pág. 73).

¡Qué admirable es el poder con que ha revestido Naturaleza á todos los séres! ¡Qué sabiamente ordenadas están todas sus partes, si bien se mira! ¡Cómo concurren á un fin dado! Y todo, en lo material, ¡con qué medios tan sencillos y apropiados á las leyes de la materia! y en lo vital, en cuanto el hombre puede comprender, ¡cuán en armonía con las múltiples relaciones del mundo que les rodea! Desde la sencilla monopétala en la fértil tierra abriendo sus amorosos brazos para vivir apoyada en la superficie del tronco de robusto árbol; desde el sencillísimo *protococcus*, en el seno de las aguas, adherido al cuerpo que le da sosten, ó flotando á merced de las corrientes como el destello de una existencia perdida; ora este sér alcance el máximo de la fuerza, con relación á sus congéneres ó afines, ora desarmado ó privado de armas naturales, tenga que huir incesantemente su debilidad ante la multitud de peligros que amenazan de continuo su existencia; en fin, cualquiera que sea el lugar que ocupe en la escala de la zoología, véle siempre perfectamente dispuesto para los

oficios que debe desempeñar ya con relación á sí mismo, ya respecto á los demás. Mientras este sér se nos presenta revestido de todos los medios de acción; mientras vemos en él recursos manifiestos de su poder activo, nuestra admiración es poca porque nuestra inteligencia lo comprende; pero al verle privado más ó ménos de ellos, al notar una gran disparidad entre aquel sér y nuestro sér, el asombro crece involuntariamente y casi siempre acudimos á buscar la luz de Dios, autor de aquella maravilla.

De entre el gran número de animales que podríamos citar y cuya contemplación eleva el alma al Creador, creemos deber hacerlo con la serpiente, no solamente «maldita entre todos los animales y bestias de la tierra,» (GÉNES. III, 14), sino además «condenada á andar sobre su pecho y comer tierra todos los días de su vida.» (Id.) Maldita de Dios y aborrecida de los hombres, privada de brazos y piernas la serpiente, sin alas para volar ni aletas para nadar, de piel débil y huesos quebradizos, la misericordia del Omnipotente dejóle todavía fuerzas suficientes para procurar su subsistencia. Forzada á reptar, suplen las ondulaciones de su cuerpo dispuesto en numerosos y flexibles anillos, los miembros que para la locomoción á casi todos los animales fueron dados; nada y se zambulle del mismo modo, sube y baja de altos árboles, arrollándose en su tronco, y la presión que ejercen todas las partes de su cuerpo, verdadera reptación interior y exterior, procúranle tal vez más que á muchos otros animales, los medios materiales para el asimiento de los cuerpos.

Y no se crea que este poder esté limitado á objetos baladíes ó de escasa resistencia. Asombra la primera vez que se lee en las relaciones de verídicos viajeros, la fuerza extraordinaria que desarrollan los reptiles en sus luchas motivadas por el hambre en los países tropicales, en donde el volumen de su cuerpo alcanza grandes proporciones. La *Boa apretadora*, por ejemplo (*B. constrictor*), así llamada por alusión á la manera como coge su presa; la *Boa anaconda* (*B. Anaconda*), la mayor y más gruesa de las serpientes americanas; muchas también de gran tamaño que cria la India, el Asia meridional y la Australia, y algunas tenidas por ídolos en el África, acometen, llevadas por la necesidad, á cuadrúpedos del grandor de un corzo ó de una gacela. Arrollada una mitad de su cuerpo en el tronco de robusto árbol que cubra frondoso ramaje, inmediato á senda frecuentada por animales silvestres, la boa acecha día y noche el momento favorable para lanzarse sobre su presa. ¡Ay del animal que se ponga á su alcance! Como un rayo caerá sobre él y como si fuera un dilatado látigo azotado por mano vigorosa, se arrollará á su cuerpo con un vigor tal que acabará por triturarle los huesos y reducir á pasta sus carnes, por más que éstas sean de una gacela, como figura en el grabado que acompañamos. Ya muerta la víctima, parece imposible que la serpiente pueda engullir su presa; pero Naturaleza ha dado á este sér tales facultades, que todo es cuestión de tiempo. Un día tras otro la presión y descomposición que sufre la res muerta, acaban por facilitar su introducción total en el cuerpo de la serpiente, entrando entónces el período mucho más largo todavía de la digestión que se prolonga generalmente muchos meses, permaneciendo el reptil completamente aletargado.

Si bien, como en el cuadro que presentamos, monstruosas serpientes han medido sus fuerzas con cuadrúpedos muy crecidos, acabando por vencerlos y devorarlos, no sucede así generalmente. Hasta las serpientes más corpulentas no acometen por lo regular sino á animales pequeños, y casi nunca al hombre, del que evitan, al

parecer de propósito, su encuentro. La mayor serpiente de que hace mención la historia de los tiempos modernos, con visos de probabilidad, es la citada por Stedmann en la Guayana, y que midió Fourgeoud, hallándole de treinta y cinco á cuarenta piés de largo. Las grandes serpientes no viven en sociedad; pero según el sabio naturalista Guérin, al descuajar las tierras baldías bajo los trópicos, no es raro hallar muchas de estas serpientes reunidas y enlazadas en un mismo sitio. Algunas veces, según dicho autor, se encuentran con ellas serpientes de familias extrañas, ofidios ponzoñosos ó no, todos confundidos en aquellas cavernas, y hasta pequeños mamíferos invernantes viven á su lado, como si contasen con la fe antigua de una patriarcal hospitalidad.—S.

LOS FUGITIVOS.

(Véase el grabado de la página 89.)

Hacia el año 88 ántes de Jesucristo vivía en Atenas un filósofo peripatético, llamado Aristion ó Aaristion, hijo de Atenion, filósofo de la misma doctrina, y de una esclava egipcia. Obtenida la ciudadanía abrió una escuela, y más tarde fué profesor en Mesene y en Larisa, regresando rico á Atenas.

Disponiéndose Mitridates por aquel tiempo á combatir con los romanos, Aristion fué nombrado embajador cerca de este soberano, cuya confianza supo captarse. Sus mensajeros anunciaron á los atenienses que podía contar con la alianza y la protección del gran rey.

Al regresar á Grecia, la nave que lo conducía se estrelló en las costas de Caristos (Eubea), sabido lo cual por los atenienses, mandaron emisarios en busca suya, é hizo su entrada triunfalmente en Atenas, en una litera cuyos piés eran de plata maciza. El día siguiente presentóse al tribunal delante de la puerta de Atala, para dar cuenta de su embajada. Aristion exageró el poder de Mitridates, excitó el odio del pueblo contra los romanos, tuvo bastante tacto, en fin, para hacerse nombrar dictador bajo el nombre de «estratégico de las armas.»

«Ninguna tiranía, dice L. Petit de Julleville, autor de la *Historia de Grecia bajo la dominación romana*, se estableció tan rápidamente ni fué tan pesada.»

Contra ella se rebelaron cuantos atenienses contaban con medios para vivir, ya que estaban expuestos á dos peligros igualmente temibles: por un lado una revolución demagógica, por otro la guerra con Roma. Así, pues, muchos habitantes resolvieron, para mejorar su suerte, apelar á la fuga; pero Aristion mandó cerrar las puertas de la ciudad y apostar en cada una de ellas á treinta de sus satélites. Exasperados hasta el último límite los atenienses, sobornaban á los guardas ó bien de noche se deslizaban afuera de las murallas por medio de cuerdas y auxiliados por los de adentro, según se ve en nuestro grabado, copia de un cuadro del pintor P. Leon Glaize.

Sabido esto por el tirano, pobló de jinetes los alrededores de la ciudad, con orden de apresar á cuantos querían librarse de sus injusticias; pero á pesar de todo fueron muchos los que lograron burlar su vigilancia. Gran número de fugitivos refugiáronse en la colonia ateniense de Amisus, en la costa del Ponto; otros pidieron asilo á los romanos.

Poco después Mitridates declaró la guerra á Roma, terminando aquella, como es sabido, con la expedición de Sila, el sitio y la ruina de Atenas. Sila, muy prudente, mandó ejecutar á Aristion.—M.

LAGUNAS PONTINAS.

(Véase el grabado de las páginas 92 y 93.)

Llámanse Lagunas Pontinas, *Pomptina palus*, las que se extienden al Suroeste de los antiguos Estados Pontificios, entre el Mediterráneo y los montes Lepini, ó sea desde Cisterna á Terracina, en un espacio de 130 hectáreas de superficie, midiendo unos 40 kilómetros en longitud por 10 de anchura. El Garigliano y varios de sus tributarios cruzan estas lagunas, cuyas pestilenciales emanaciones, particularmente de junio á setiembre, producen las más malignas fiebres intermitentes. Antiguamente la comarca era tan sana que en ella florecían, al decir de algunos, 24 poblaciones, mientras que otros las hacen ascender á 33. La invasión de las aguas data del ocaso de la República romana, época en que las tierras de labor cedieron el puesto á los herbazales. Augusto, y más tarde Nervay Trajano esforzáronse, aunque inútilmente, en desecar las Lagunas Pontinas, sea abriendo un canal á lo largo de la vía Apia, que las atravesaba, sea fabricando puentes bajo aquella vía para el derrame de las aguas. Asimismo trabajaron en tan laudable empresa el patricio Decio á fines del siglo VI, los papas Leon X, Sixto V y sobre todo Pio VI: este último restableció, de 1777 á 1781, la vía Apia, abandonada desde 1580, abriendo varios canales, entre otros el que lleva su nombre. Dueño del país Napoleon I, mandó ejecutar grandes trabajos para el saneamiento de aquellas lagunas, trabajos que fueron abandonados después de los acontecimientos del año 1814.

El grabado que reproducimos y que representa el aspecto actual de comarca tan triste, es copia de un cuadro del reputado pintor italiano Aquiles Vertunni, cuadro que figuró en la última Exposición de París, y el cual llamó la atención de los inteligentes que visitaron aquel vasto certámen.—B.

PENSAMIENTOS.

La vida de una mujer tiene una primavera muy fresca y pura, pero muy breve. Dichosa aquella que con las flores de esa primavera sabe formar la guirnalda de su vida.

Una hermosa frente en que palpita invisible el genio, es como una lámpara encendida en el aliento de Dios, que ilumina y atrae. ¡Cuida, oh hermosa, que ese cristal tan puro no lo empañe el mundo con su aliento!

La virtud es la belleza más sublime de la mujer.

PATROCINIO DE BIEDMA.

DISFRAZ.

Lloraba el Amor sus cuñitas
Sin encontrar un escudo,
Diciendo: —«Estoy tan desnudo
Que no puedo hacer visitas.»
Viendo la Amistad el llanto
Dijo al Amor afligido:
—«Tú serás bien recibido
Si te cubres con mi manto.»
Quedó aceptado el favor;
Y por eso nadie acierta
Cuando llaman á su puerta,
Si es la Amistad ó el Amor.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

Madrid, 1879.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria. — Queda hecho el depósito que marca la ley.